

Octubre 2009 9

BOLETÍN OFICIAL
de las DIÓCESIS de la
PROVINCIA ECLESIASTICA
de MADRID

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL - ARZOBISPO

- Eucaristía de Acción de Gracias en honor de San Rafael Arnáiz Barón, con motivo de su Canonización. Roma 000
- Carta para la Jornada del DOMUND. 2009 000
- La verdad de la vida: la santidad 000

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 000
- Defunciones 000
- Actividades del Sr. Cardenal. Octubre 2009 000

Diócesis de Alcalá de Henares

CANCILLERÍA-SECRETARIA

- Nombramientos 000
- Defunciones 000
- Actividades Sr. Obispo. Octubre 2009 000

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

- Homilía de D. Joaquín M^a López de Andújar, Obispo de Getafe en la ceremonia de Ordenación de un presbítero y diez diáconos 000
- Carta a los sacerdotes. Fidelidad de Cristo, fidelidad del sacerdote. El Sacerdocio es el amor del Corazón de Jesús. 000
- Decreto con motivo del 150 aniversario de la muerte de san Juan María Vianney, cura de Ars 000

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 000

Iglesia Universal

- Mensaje del Santo Padre para la Jornada Mundial de las Misiones 2009. "Las naciones caminarán en su luz" (Ap 21,24) 000

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@planalfa.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Orinoco Artes Gráficas, S.L. - c/ Caucho, 9 - Tels. 91 675 14 33 / 91 675 17 98 - Fax: 91 677 76 46
E-mail: origrafi@teleline.es - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXXVII - Núm. 2815 - D. Legal: M-5697-1958

nes: la de la sociedad de clases, el problema obrero en la industria y en el campo, la ordenación democrática del Estado... y, no en último término, una cuestión que podríamos llamar la cuestión del alma: ¿cómo orientar intelectual y culturalmente una nueva y renovada sociedad española? ¿Habría que despedirse de su tradición católica y beber las ideas, la concepción de la vida y del mundo en fuentes no cristianas, más bien, contrarias al cristianismo, incluso ateas? El debate tenía lugar no sólo entre las élites sociales, políticas y culturales de aquella España, que el 14 de abril de 1931 había amanecido republicana. No había duda: el debate tenía su correspondencia con los problemas reales de la gente, con las angustias, carencias, nostalgias y esperanzas de muchos españoles. Había llegado con fuerza apasionada a la Universidad y a la juventud en general. Y, por supuesto, a aquella valiosa parte de los jóvenes españoles que en esas circunstancias tan críticas no abandonaron la Iglesia; más aún, se comprometieron hasta el Martirio con el testimonio de la fe en Jesucristo, prestado con el ardor y celo apostólico propio de los que únicamente buscan el objetivo espiritual de ganar almas para Él, el único y verdadero Salvador del hombre.

En el trasfondo histórico de aquella juventud, tan tentada por el materialismo radical de las ideologías políticas triunfantes –el fascismo y el comunismo–, pero buscada y tocada por la gracia del amor de Cristo –¡El único que la amaba de verdad!– emerge la figura de Rafael Arnáiz Barón, luminosa y radiante de verdad cristiana y, por ello, de verdad divina y humana. Puede ser que su atractivo visible y comprobable no alcanzase en sus años de estudiante en Oviedo y en Madrid, y en los cuatro de su vida monástica –15 de enero de 1934 a 26 de abril de 1938– en la Trapa de S. Isidro de Dueñas, nada más que a un grupo pequeño de personas; sin embargo su influencia interior, la de la vivencia mística de la Iglesia, Cuerpo de Cristo y Comunión de los Santos, era ya inconmensurable y, al llegar los años de la paz, también incontenible en el orden de su conocimiento consciente y explícito por parte de la opinión pública dentro y fuera de la Iglesia. ¡Rafael Arnáiz Barón había ofrecido y seguía ofreciendo la solución verdadera para las nuevas generaciones de la España de la guerra y de la postguerra civil! ¡La solución que se desprende de la Ciencia de la Cruz! Ni había otra, en aquellos paradójicamente trágicos e ilusionados y esperanzados años, que ésta, ni la hay ahora en este tiempo de comienzos del III Milenio de la historia de la Iglesia y del mundo. Ni la habrá nunca.

La acción de gracias eucarística por el don del Hermano Rafael para la Iglesia.

Desde ayer sabemos con la certeza incommovible, que nace del acto pontificio de su canonización, que Rafael Arnáiz en su corta e íntima vida de seglar y de

monje trapense en la tierra ha sido un don del Señor que guía y ama a su Esposa la Iglesia y que lo sigue siendo ahora en el cielo y desde el cielo para ella: hoy y siempre. Ha enseñado a los jóvenes de esta hora de la historia con su palabra y, sobre todo, con su vida, bella y fascinantemente, la forma de conocer, apreciar y hacer propia la Sabiduría de la Cruz de Cristo como el escondido tesoro cuya memoria hay que guardar y llevar a la práctica fielmente, sin desmayo y descanso alguno. Lo que Israel había aprendido de Moisés, la verdad de que el Señor, nuestro Dios, es solamente uno y que lo amarás, con todo el corazón, con toda el alma, con todas tus fuerzas, la verdad que había de ser guardada con celo y proclamada siempre a los hijos en casa y yendo en el camino, acostado y levantado; siendo signo en la muñeca y una señal en la frente, escribiéndola en las jambas y en las portadas de las casas..., esa verdad la vivió Rafael en la plenitud del conocimiento del Amor de Dios que se nos reveló y donó sin medida, con infinita misericordia, en su Hijo, clavado y muerto en la Cruz: ¡en su Divino Corazón, herido por la lanza del soldado! “Dios—escribía él—... he aquí lo único que anima; la única razón de mi vida monástica... Dios para mí lo es todo, en todo está y en todo lo veo. ¿Qué me interesa la criatura? ¿Y yo mismo? Qué loco estoy cuando de mí me ocupo, y qué vanidad es ocuparse en lo que no es Dios. Y, sin embargo, con cuánta facilidad nos olvidamos del verdadero modo de vivir, y cuántas veces vivimos sin motivo. Tiempo perdido son los minutos, las horas, los días o los años que no hemos vivido para Dios” (“Meditaciones de un Trapense, 8.VIII.1936).

En la salud y en la enfermedad —tan cruel, condicionando y ocupando los mejores años de su juventud—, en la compañía de los seres más queridos y en la soledad de la Trapa, entre las comprensiones de un monje amigo y las durezas de la enfermedad, Rafael vivió siempre del amor de Dios. Vivencia sólo posible desde el descubrimiento del amor de Cristo, de su Cruz Santísima y Gloriosa. Rafael conoció bien a Cristo, y a Cristo Crucificado, a su fuerza y “la fuerza de su resurrección y la comunión con sus padecimientos, muriendo su misma muerte”... corriendo “hacia la meta; para ganar el premio, al que Dios desde arriba llama en Cristo Jesús”. ¿Una “alma paulina”... la de San Rafael Arnáiz? ¡Ciertamente! “Jesús mío, qué bueno eres. Tú lo haces todo maravillosamente bien. Tú nos enseñas el camino. Tú me enseñas el fin. El camino es la dulce Cruz... es el sacrificio, la renuncia, a veces la batalla sangrienta que se resuelve en lágrimas en el Calvario, o en el Huerto de los Olivos; el camino, Señor, es ser el último, enfermo, el pobre Oblato trapense que a veces sufre junto a tu Cruz. Pero no importa; al contrario... la suavidad del dolor sólo se goza sufriendo humildemente por Ti” (“Dios y mi alma”, 12.IV.1938). Porque, en fin de cuentas, el camino es el Amor del Crucificado y Resucitado; ¡que

lleva a la gloria! “Bendita locura que nos hace vivir fuera del apego a la tierra, y hace que los dolores de este destierro se vean a través del risueño cristal de la esperanza cierta de un día esplendoroso y resplandeciente que no tardará en llegar... Bendita locura de Cristo que nos hace ver lo vano y pequeño de nuestro sufrimiento y convierte las lágrimas amargas en canto dulcísimo, y las penas y sinsabores de la vida, en suaves cadenas que nos unen a Jesús...” (Carta a su tío Leopoldo, 25.IX.1937).

Rafael Arnáiz, modelo e intercesor

¿San Rafael Arnáiz... un modelo de vida para la juventud de hoy? ¿Un modelo realista? La pregunta es casi obligada ante la imagen más corriente que nos ofrecen hoy de los ídolos e ideales de la gente joven los medios de comunicación, los estudios y análisis sociológicos, etc. ¿Quizá también es la realidad misma de sus vidas, con la que nos enfrentamos y nos ocupamos los mayores todos los días? ¿Nuestros jóvenes no se sienten atraídos y fascinados por el modelo de una vida fácil, placentera, concebida y proyectada a ras de suelo, que busca el triunfo del poder, el dinero y el placer a toda costa? ¿Jóvenes que, a lo sumo, aceptan un programa de mínimos éticos para sí y para la vida en sociedad? ¿Que no pasan de un relativo reconocimiento de los valores de los derechos fundamentales y de la paz? El contraste, a primera vista, no podría ser mayor. Y, sin embargo, cuando se busca y penetra con la mirada honda del corazón en “su interior”, nos encontramos con muchas experiencias de soledad y vacío del alma, con nostalgias, seretas unas veces y otras proclamadas a voces, nostálgicas de respuestas plenas de verdad y de vida, que no acaban de proporcionarles las instituciones y los poderes, la ciencia y las prácticas del mundo. En el fondo..., ¡tienen sed de Dios! ¡tienen sed del Dios vivo! ¡de Cristo! En San Rafael Arnáiz pueden encontrar no sólo la luz viva sino también al impulso estimulante para un camino de autenticidad interior, de silencio del alma, de oración y de plegaria, el único capaz de conducirles a esa experiencia que tanto ansían de verse amados y de amar, a pesar de sus pequeñeces, tragedias y pecados: la experiencia que se encierra en el conocimiento sabroso de la ciencia de la Cruz: ¡del amor del Corazón Divino de Jesús!

Un modelo, el de San Rafael, ahora, después de su Canonización, más comprensible y realizable al saber que podemos contar con su constante intercesión. A Él, pues, pedimos que enseñe y aliente a los jóvenes de la Iglesia en España y en todo el mundo a hacer suya la sencillez evangélica y a que no duden en acudir a Jesucristo cuando se sientan cansados y agobiados, y a que no vacilen en cargar

su yugo y a aprender de Él que es manso y humilde de corazón, porque el yugo de Jesús es llevadero y su carga ligera. Más aún, apoyados en el Corazón de Cristo, aprended, queridos jóvenes, a amar de verdad a vuestros hermanos: a los jóvenes, vuestros compañeros; al hombre, tu hermano. Decía San Rafael: “Dios me lleva de la mano, por un campo donde hay lágrimas, donde hay guerras, hay penas y miserias, santos y pecadores. Me pone cerca de la Cruz y, enseñándome con la mirada todo eso, me dice... todo eso es mío... no lo desprecies, a ti que tanto te quiero... Te doy luz para ver. Te doy un corazón para amarme... Ama a las criaturas que son mías... Ama mi Cruz y sigue mis pasos. Lloro con Lázaro y sé indulgente con los pecadores” (O.C. 183, 893).

San Rafael Arnáiz era, además, un tierno y ferviente devoto de María, Madre del Señor y Madre nuestra, hasta el punto de decirla: “Virgen María... estoy loco, no sé lo que pido, no sé lo que digo... Mi alma desbarra... No sé lo que siento; mis palabras son torpes y mal arregladas, pero tú, Virgen María, Madre mía, que ves los anhelos de todos tus hijos, sabrás comprender. Ya sé que es mucho lo que pido, pues lo pido todo”. Con él, con ese Santo joven de la España nuestra, de nuestros días, le pedimos a Ella que la JMJ 2011 en Madrid –su preparación y su celebración–, signifique y sea un acontecimiento extraordinario de la Gracia para nuestros jóvenes y los de todo el mundo: ¡una primavera de la Iglesia, nueva y rejuvenecida en los jóvenes de comienzos del III Milenio, por los dones del Espíritu Santo! ¡Que se sientan impulsados con vigoroso fervor y con el ardor de los primeros testigos del Evangelio a vivir “edificados y enraizados en Cristo, firmes en la fe”! porque la esperanza es suya, ¡es de todos los que creen y aman al ritmo del Corazón de Cristo!

Si nuestra petición a María, atrevida y audaz, –¡se lo pedimos todo!–, quiere ser sincera y seria, habremos también de saber decir con San Rafael Arnáiz: “Yo en cambio, Señora, todo lo he dado y si aún me queda algo, tómallo también, Señora, y dáselo a Jesús”.

Amén.

Carta del Sr. Cardenal-Arzobispo de Madrid para la Jornada del DOMUND 2009

Domingo 18 de octubre

«La Palabra, luz para los pueblos»

Mis queridos diocesanos:

«La Palabra de Dios es el fundamento de todo, es la verdadera realidad... ‘Al principio era la Palabra’. Al principio el cielo habló. Así, la realidad nace de la Palabra»: lo decía el Papa Benedicto XVI, hace un año, durante la primera sesión del Sínodo de los Obispos acerca de «La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia», y al final de su meditación proclamaba con fuerza que «la Palabra tiene un rostro, es persona, Cristo». Vale la pena recordarlo siempre, y de modo especial ante la Jornada del DOMUND de este año, que vamos a celebrar, precisamente, bajo el lema «La Palabra, luz para los pueblos».

Como dice la Carta a los Hebreos, Dios habló en el pasado a nuestros padres por los Profetas, pero llegó el momento, en la plenitud de los tiempos, en que su Palabra se hizo plenamente humana, ¡se hizo hombre! Se encarnó en el seno de la Virgen María y tomó nuestra condición para hacerse accesible y presente en medio de los hombres, sometidos a la esclavitud del pecado y a la muerte, de modo

que nos viéramos libres al hacernos Él mismo verdaderos hijos de Dios. «Sólo la Palabra de Dios -en expresión de Benedicto XVI en su homilía de la Misa inaugural de aquel Sínodo de los Obispos- puede cambiar en profundidad el corazón del hombre», haciéndolo semejante al Suyo. Enviado del Padre, el Hijo Unigénito, haciéndose uno de nosotros, se hace vida para el hombre.

El tema de estudio de aquel Sínodo podía parecer, con una mirada superficial, demasiado teórico, un tema más para la reflexión teológica que para las cuestiones prácticas de la vida, y sin embargo pocos Sínodos se han demostrado tan prácticos como éste, justamente porque «la Palabra tiene un rostro», porque es Jesucristo, y sólo Él nos redime hasta el fondo y redime la realidad entera. En aquel Sínodo, los obispos subrayamos la importancia de la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia universal, en la de cada Iglesia particular y en la de todos y cada uno de los fieles. La Palabra de Dios, en efecto, es viva y eficaz, no está anticuada ni desfasada, sigue de plena actualidad y es para el hombre, para la sociedad y para el mundo contemporáneos luz y vida, que todo lo ilumina y ayuda a entender y superar todas las circunstancias por las que hemos de pasar en el mundo de hoy.

La Iglesia ha recibido de Jesús, como lo esencial de su testamento, el mandato de llevar esta Palabra, es decir, de llevarle a Él mismo, a todas las gentes. Ésta es la razón de ser y la vocación de la Iglesia: «La Iglesia peregrinante -afirma el Concilio Vaticano II- es, por su propia naturaleza, misionera, puesto que tiene su origen en la misión del Hijo y la misión del Espíritu Santo según el designio de Dios Padre» (Ad gentes, 2). La Iglesia es consciente de que llevar a Cristo, Luz de las gentes, a todos los pueblos, a todas las naciones, a todos los corazones, a todos los hombres, no sólo es un derecho, sino un deber, un bendito deber para todos los creyentes, pastores y fieles. Hoy también.

La Iglesia del siglo XXI siente la urgencia de la caridad de Cristo por llegar al corazón de todos, especialmente de los más pobres, de los que más sufren, de los más abandonados: «Hoy se ha de afrontar con valentía -nos decía Juan Pablo II en la Carta apostólica ‘Novo millennio ineunte’- una situación que cada vez es más variada y comprometida, en el contexto de la globalización y de la nueva y cambiante situación de pueblos y culturas que la caracteriza. Hace falta reavivar en nosotros el impulso de los orígenes, dejándonos impregnar por el ardor de la predicación apostólica después de Pentecostés» (n. 40). Y era sin duda este ardor lo que nos movía a los obispos españoles a proclamar, en la Instrucción pastoral «Actualidad de la misión ad gentes en España», de la Asamblea Plenaria de noviembre del

año pasado, que «la misión universal sigue en sus inicios. Descubrir esa realidad con gozo es la invitación que dirigimos a todos, desde una concepción auténtica e integral de la evangelización, como nos viene recordando el Magisterio ordinario de la Iglesia» (n. 11).

No otra cosa nos urge a la Iglesia, hoy como en el inicio apostólico, porque no otra cosa le urge a la Humanidad entera. Lo dice Benedicto XVI en su Mensaje para este DOMUND 2009: «La Iglesia no actúa para extender su poder o afirmar su dominio, sino para llevar a todos a Cristo, salvación del mundo». No hay necesidad más indispensable, ni más urgente. Y el Papa lo explica con palabras de su antecesor en la encíclica «Redemptoris missio», subrayando que la Humanidad «está conociendo grandes conquistas, pero parece haber perdido el sentido de las realidades últimas y de la misma existencia» (n. 2). Por eso Benedicto XVI añade: «Anunciar el Evangelio debe ser para nosotros, como lo fue para el apóstol Pablo, un compromiso impostergable y primario».

El DOMUND, que celebra todos los años la Iglesia universal, es una expresión bien concreta de esta conciencia evangelizadora que todos, desde el Santo Padre hasta el último de los bautizados, tenemos por ser cristianos. El tercer domingo del mes de octubre, la Iglesia recuerda nuestro compromiso misionero, que no puede reducirse, ciertamente, a la aportación económica, tan necesaria, sin duda. Este compromiso exige oración, mucha oración y muchos sacrificios por las misiones y por los misioneros. Necesitan, más aún que la ayuda económica, ¡con lo importante que es!, el apoyo de la oración y del sacrificio de los cristianos. De ahí el convencimiento de que los religiosos y religiosas de vida contemplativa de nuestra diócesis son los primeros misioneros con los que contamos, como bien lo muestra la santa Patrona de las Misiones, Santa Teresa del Niño Jesús, con quien se inicia este mes misionero de octubre.

Y el compromiso misionero tiene también la exigencia de promover la vocación misionera, en las familias, en las parroquias, en los colegios, en los movimientos y asociaciones apostólicas. A pesar de los muchos sacerdotes, religiosos y seglares que la archidiócesis de Madrid ha enviado como misioneros por los cuatro puntos cardinales, sigue siendo muy necesario que los jóvenes se pregunten con seriedad su posible vocación misionera. En la citada Instrucción pastoral, los obispos españoles señalamos que «las vocaciones misioneras han sido muy abundantes en España, y aún podemos agradecer a Dios el envío ininterrumpido de misioneros. (...) No obstante, existe una gran preocupación por el descenso de personas envia-

das a la misión. Este hecho ha de interrogarnos sobre las causas que pudieran estar en el origen de este desequilibrio entre el crecimiento de la solicitud solidaria con los más desfavorecidos y el descenso en la respuesta generosa a la llamada de Dios a la misión ‘ad vitam’» (n. 48). Está claro que urge «reavivar el impulso de los orígenes», dejarnos todos «impregnar por el ardor de la predicación apostólica».

Y el compromiso, por supuesto, es también económico. Nuestra aportación ayudará a que los proyectos misioneros de la Iglesia universal puedan realizarse. La misión va unida, en muchas ocasiones, a la pobreza de los pueblos a los que se va a evangelizar. La ayuda que les prestemos es para muchos el único medio de sobrevivir en lugares de verdadera necesidad material. Por eso debemos y queremos ser generosos en esta Jornada. La clave está en ese «ardor» de los orígenes, pues con él «lo demás se dará por añadidura» (cf. Mt 6, 33). Es el ardor que brota del Corazón de Cristo, «la Palabra -como reza el lema de este DOMUND 2009-, luz para los pueblos», fuente inagotable de vida, y vida en plenitud.

Como pastor de esta Iglesia no puedo dejar pasar esta Jornada sin dar gracias a Dios por los misioneros de la archidiócesis de Madrid, por el don de sus vidas y por los frutos de su trabajo apostólico. Los tengo bien presentes, sobre todo en esta ocasión, con el afecto y la plegaria. Y a todos os invito a ofrecerles también conmigo vuestro cariño y vuestras oraciones.

Encomiendo a la intercesión maternal de María, Nuestra Señora de la Almudena, Reina de los Apóstoles, los frutos de este DOMUND 2009, al tiempo que os envío a todos mi saludo cordial y mi bendición.

† Antonio María Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

LA VERDAD DE LA VIDA: LA SANTIDAD

Madrid, 24 de octubre de 2009

Mis queridos hermanos y amigos:

Importa cada vida. Sí, porque importa cada ser humano. La solemnidad de todos los Santos y la Conmemoración litúrgica de todos los fieles difuntos, que celebraremos dentro de pocos días, aclaran la verdad de la vida del hombre sobre la tierra con la luz de la Palabra de Dios, dentro del horizonte de la experiencia de la razón iluminada por la fe. La verdad del hombre –persona, ser viviente, llamado a ser hijo de Dios por adopción– se plantea y se verifica ante el hecho ineludible de la muerte: de su muerte, envuelta en el interrogante por el más allá, que la acompaña. ¿En qué consiste y que valor tiene la vida del hombre en este mundo? ¿Para qué le sirve su historia: su historia personal y su historia colectiva? Estas preguntas retornan siempre, época tras época, en la vida de la humanidad y en la vida de cada persona. Las respuestas que se desprenden de la Liturgia de esos dos días, tan firmemente anclados en la piedad y en la tradición multisecular de la Iglesia, parten de un primer y fundamental supuesto: la muerte física y la subsiguiente corrupción corporal no son el final del hombre, ni la aniquilación de su ser, sino paso y puerta para alcanzar el modo definitivo de su vida: ¡vida gloriosa y feliz! El destino definitivo del hombre no es la muerte. El hombre es más que materia, más que un cuerpo.

Es también alma. Es espíritu, y su vida está, por ello, destinada a la eternidad. Su destino definitivo es la vida eterna. El hombre nace, pues, con una vocación que marca y configura todo su ser, material y espiritual a la vez: la de alcanzar la vida eterna, gloriosa y feliz en Dios, que se le ha revelado plenamente en Jesucristo como Padre, Hijo y Espíritu Santo. La vocación del hombre para la eternidad es su vocación desde el principio. Vocación a la que él respondió con el no de su primer pecado: el no a la ley de Dios, ley de la vida; y que, sin embargo, fue superado por el Sí del perdón y del amor misericordioso, más grande, que el Padre le otorgó – nos otorgó– por el Hijo hecho hombre y muerto en la Cruz por nosotros, en el Espíritu Santo, que ha sido enviado a nuestros corazones, infundiéndonos nueva vida. Esta vida, la “Nueva Vida”, que madura desde la apertura libre del hombre a ese don del amor misericordioso y en su acogida humilde en el día a día de la vida temporal en este mundo con toda la mente, con todo el corazón y con toda la voluntad, entregándose a ese Amor con todas las fuerzas del alma y del cuerpo: ¡con todo nuestro ser! O, dicho con otras palabras, aceptando y configurando la vida terrena como un camino de santidad, como una vocación para la santidad. ¿Cuál es pues la razón de ser y el sentido de la vida y de la historia del hombre sobre la tierra? Realizarse en la santidad; vivir santamente con la esperanza de la participación definitiva y feliz en la gloria de Dios. Por lo tanto, dando crecientemente Gloria a Dios. La Gloria de Dios es el hombre viviente, enseñaba San Ireneo de Lyon.

La Iglesia celebra, todos los primeros de noviembre, la Fiesta de todos los Santos con la certeza de que una multitud incontable de sus hijos goza ya plenamente de esa gloria. Se encuentran ya “delante del Trono y del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos”, como los presenta el vidente del Apocalipsis. Sí, son los hijos que han llegado ya con Jesucristo, el Crucificado y Resucitado, el Hijo Unigénito, a la Casa del Padre que está en los Cielos.

Nuestra celebración de “Todos los Santos” no puede, pues, por menos de ser una celebración gozosa. Nos fortalece, primero, en la esperanza de que los que caminamos todavía en la peregrinación de este mundo, abrazándonos a la Cruz Salvadora de Cristo, también podremos alcanzar esa corona de gloria. Gozosa, además, porque nos señala la vía segura para nuestra vida en este mundo, que si se sabe llenar del sentido del verdadero Amor –¡del amor que brota a raudales del Corazón herido de Jesús, muerto en la Cruz por salvarnos del pecado y de la muerte–, como lo hicieron tantos conocidos y anónimos santos de todos los tiempos y de nuestro tiempo, pregustará la felicidad, las bienaventuranzas de los elegi-

dos. El gozo de la Fiesta se transforma inmediatamente en oración: en la plegaria por todos los fieles difuntos, los más próximos y conocidos –los de la propia familia, sobre todo– y los más lejanos. Es una plegaria de súplica amorosa para que en ellos la muerte se haya transformado en la prueba última y lograda del Amor. Una valiosísima certeza nos aporta también nuestra celebración de “Todos los Santos”: la del valor inmenso de la vida de todo ser humano, que viene a este mundo desde el momento de su concepción en el vientre de su madre. Esa vida lleva consigo el germen inmortal de la eternidad: ¡la vocación para vivir y ser hijo de Dios! ¡“Ciudadano del Cielo”!

A la Virgen, Ntra. Señora, Madre de Jesucristo, Asumpta al Cielo, Reina de todos los Santos, nuestra Madre y Virgen de La Almudena, encomendamos nuestras plegarias. Que Ella ilumine la mente y el corazón de sus hijos, los madrileños de hoy, especialmente los jóvenes, para que comprendan la verdad de su vocación, ¡una vocación para la santidad!

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio María Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

PÁRROCO

De San Nicolás de Bari (personal de lengua italiana): P. Jaime María Frau Vicens, O.S.M (2-120-2009).

De Nuestra Señora de Aluche: P. Jorge-Iván Ruiz Cortizo, Sch. P. (2-10-2009).

De San Fermín de los Navarros: P. Samuel Azcona Martínez, O.F.M. (2-10-2009).

De Cervera, de Buitrago, Berzosa de Lozoya y Robledillo de la Jara: D. Gregorio Cabrera Cabrera, Misioneros Identes (13-10-2009).

De San Gabriel de la Dolorosa: P. José González Sendino, C.P. (30-10-2009).

De Santa Gema: P. Jesús Aldea Peñalba, C.P. (30-10-2009).

PÁRROCO 'IN SOLIDUM'

De Pedrezuela, Venturada y Cotos de Monterrey, Redueña y Cabanillas de la Sierra: P. Bernardo Ndolo Mutuku, C.Sp.S. (20-10-2009).

VICARIOS PARROQUIALES

De San Nicolás de Bari (personal de lengua italiana): P. Francisco Javier María Badillo Martín, O.S.M. (2-10-2009).

De Nuestra Señora de Aluche: P. Ángel Ayala Guijarro, Sch. P. (2-10-2009).

De San Marcos: D. Antonio Chaves Chaves (2-10-2009).

De San Antonio María Claret: P. Juan Sanz Martín, C.M.F. (6-10-2009).

De los Santos Apóstoles Felipe y Santiago: P. Juan Enrique Gerardo Novoa Torres, S. de J. (6-10-2009).

De Santísimo Cristo de la Esperanza: P. José Manuel Granados Rivera, O. Carm. (13-10-2009).

De Nuestra Señora de Begoña: P. David del Carpio Horcajo, O. Carm. (13-10-2009).

De Nuestra Señora del Rosario: P. Jesús María Jiménez Martínez, O.F.M. Conv. y Gonzalo Fernández González-Jiménez, O.F.M. Conv (20-10-2009).

De Virgen de la Candelaria: D. José Francisco Ríaza López (20-10-2009).

De Nuestra Señora de Moratalaz: P. Edyardo Villena Lozano, S.X. (30 de octubre)

De San Gabriel de la Dolorosa: P. Miguel González Rodríguez, C.P. y P. Cléver Guillermo Chacha Chamorro, C.P. (30-10-2009).

ADSCRITOS

De Nuestra Señora de la Peña y San Felipe Neri: D. Heriberto Guerra, de la Diócesis de Pereira (Colombia) (2-10-2009).

De Nuestra Señora del Sagrario: D. Martín Salgado (2-10-2009).

De Santa Maravilla de Jesús: D. Martín Adolfo Cantarero Pineda, de la Diócesis de Jinotega (Nicaragua) (2-10-2009).

De San Hilario: D. Antonio Ávila Blanco (2-10-2009).

De Nuestra Señora del Rosario, de Hoyo de Manzanares: D. Jesús Lorenzo Gutiérrez Márquez, de la diócesis de Maracay (Venezuela) (2-10-2009).

De San Pío X: D. Roger Worou, de la diócesis de Parakou (Benin) (2-10-2009).

De San Miguel de Fuencarral: D. Mártires García de Oleo, de la Diócesis de San Juan de la Maguana (República Dominicana) (2-10-2009).

De Virgen de la Oliva: D. Santiago Gómez Calzada, de la Diócesis de Belem (Brasil), por un año (6-10-2009).

De Natividad de Nuestra Señora: D. Lucio Chambi Ticona, de la Diócesis de Alto Paz (Bolivia) (6-10-2009).

De San Valentín y San Casimiro: D. Jeremic Djob Li Biem (6-10-2009).
De Nuestra Señora de Belén: D. Nelson Chávez Díaz, de la Diócesis de Telca (Chile) (6-10-2009).

De Nuestra Señora de Madrid: D. Enrique del Castillo Vázquez (13-10-2009).

De San Miguel de Carabanchel: D. Severino-Pindali Vieira, de la diócesis de Huambo (Angola) (13-10-2009).

De Buitrago, Berzosa de Lozoya y Robledillo de la Jara: D. Constantino Gómez Merino, Misioneros Identes (13-10-2009).

De Nuestra Señora del Aire: D. Ramiro Antonio López Montoya, de la diócesis de La Dorada-Guaduas (Colombia).

De Santo Domingo de Guzmán: D. Cristóbal Reynaldo Gadea Velasquez, de la Diócesis de Ginotega (Nicaragua) (30-10-2009).

De San Juan Evangelista: D. Ángel Portela Pérez (30-10-2009).

OTROS OFICIOS

Adjunto a la Dirección del Archivo diocesano: D. Juan Jesús Moñivas Berlanas (2-10-2009).

Adscrito a las Exequias de Vicaría VI: D. Koffi-Mathieu Krou, de la Diócesis de Yopougon (Costa de Marfil) (2-10-2009).

Capellán de la Residencia de Mayores ‘Nuestra Señora del Carmen’ de la Comunidad Autónoma de Madrid: D. Mario de la Cruz Campuzano, de la Diócesis de Santo Domingo (República Dominicana) (2-10-2009).

Capellán del Hospital de la Cruz Roja: D. Daniel Peña (6-10-2009).

Coordinador de Liturgia de la Vicaría III: D. Ángel Fontcuberta Díaz (6-10-2009).

Capellán de la Residencia Case (calle Santa Natalia): P. José Cruz Igartua, S.S.S. (13-10-2009).

Capellán del Cementerio Sur-Carabanchel: D. José Florencio Córcega Trillo (13-10-2009).

Capellán de la Escuela Superior de Ingenieros de Minas: D. Francisco Javier Pérez Sánchez (13-10-2009).

Capellán de la Escuela Superior de Ingenieros Navales: P. Julio Sáinz Torres, C.M.F. (13-10-2009).

Capellán de la Facultad de Pedagogía: P. Jesús López, O.S.A. (13-10-2009).

Diácono Permanente de Nuestra Señora de Begoña: D. Juan Antonio Montón Zúñiga (13-10-2009).

Capellán del hospital Virgen de la Torre: D. Vasile Bogdan Buda (20-10-2009).

Capellán del Centro de Menores ‘Los Robles’: D. Luis Fernández de Eribe Zulueta (30-10-2009).

DEFUNCIONES

El día 24 de septiembre de 2009 ha fallecido MADRE MARÍA CONCEPCIÓN FERNÁNDEZ CIENFUGOS, Monja Concepcionista Franciscana, a los 86 años de edad y 63 de Vida Consagrada, en el Monasterio de Jesús María, de Madrid.

El día 24 de septiembre falleció SOR MARÍA DE LOS ÁNGELES ELORZA SUSAETA, monja clarisa, a los 82 años de edad y 63 de Vida Consagrada, en el Monasterio de la Inmaculada y San Pascual, en Madrid.

El día 28 de septiembre de 2009 ha fallecido el Rvdo. Sr. D. JUAN MIGUEL GARCÍA REFOYO, diocesano de Mérida-Badajoz. Residía en Madrid, con permiso de su Obispo, por razones de salud.

El día 2 de octubre de 2009 ha fallecido, MADRE MARÍA TERESA ZAS ESMORÍS, Monja Cisterciense, a los 77 años de edad y 54 de Vida Consagrada, en el Monasterio de Nuestra Señora de la Piedad Bernarda, de Madrid.

El día 8 de octubre ha fallecido SOR ADORACIÓN LÓPEZ VILCHEZ, Monja Agustina Recoleta, a los 90 años de edad y 22 de vida consagrada, en el Real Monasterio de la Encarnación, de Madrid.

El día 16 de octubre de 2009, ha fallecido el Rvdo. Sr. D. MVOVY CASIMIRO DE JESÚS ÁLVARO, sacerdote diocesano de Luanda (Angola). Nació en Luanda (Angola), el 3-6-1938. Ordenado en Luanda, el 26-6-1966. Estuvo adscrito a la Parroquia de San Blas y celebraba la eucaristía en la Parroquia de San Juan Evangelista hasta el 25-6-1997. Adscrito a la Parroquia Encarnación del Señor de 25-6-1997 a 2001.

El día 18 de octubre de 2009 ha fallecido D. JOSÉ MAGAZ RODRÍGUEZ, padre del sacerdote D. José M^a Magaz Fernández, sacerdote diocesano de Madrid. Secretario General de la Facultad de Teología San Dámaso

El día 22 de octubre de 2009 ha fallecido D. JUAN GÓMEZ – ESCALONILLA, padre del sacerdote diocesano de Madrid, D. Juan José Gómez-Escalonilla Arellano, párroco de la Parroquia de Santas Justa y Rufina, de Madrid.

El 24 de octubre de 2009 ha fallecido el Rvdo. Sr. D. ASTERIO URBANO ESTÉVEZ, sacerdote diocesano de Ciudad Rodrigo. Nació en Ejas (Cáceres), el 19-10-1916 y fue ordenado en Ciudad Rodrigo el 19-6-1943. Estuvo en México durante 30 años por la OCSHA, regresando a España definitivamente el año 1981. Estaba jubilado desde abril de 1983.

El día 27 de octubre de 2009, ha fallecido D. JUAN CHAVES, padre del sacerdote D. Manuel José Chaves Marcos, capellán del Hospital La Paz.

El día 27 de octubre de 2009, ha fallecido D^{ña}. CARMEN ESPINOSA BURGOS, madre de la Hna M^a Pilar García Espinosa, religiosa que colabora en la Secretaría de la Delegación diocesana de Catequesis.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

ACTIVIDADES DEL SR. CARDENAL. OCTUBRE 2009

- Día 1:** Apertura Curso Académico en la Facultad de Teología ‘San Dámaso’
- Día 2:** Consejo Episcopal
- Día 3:** Misa de Apertura de Curso Pastoral en la Catedral
Clausura II Jornadas Maestros Fundación Educatio Servanda
- Día 4:** Clausura de la Visita Pastoral a la Vicaría III en el Recinto Ferial de Vicálvaro, y entrega de la Cruz de la JMJ a la Vicaría VIII
Misa en las Descalzas Reales con motivo del 450 aniversario del Monasterio
- Día 5:** Misa en la Parroquia Virgen del Mar
- Día 6:** Consejo Episcopal
Reunión con Directores de Colegios Católicos sobre la JMJ 2011
- Día 7:** Inauguración del Curso Académico en la UPSA, en Salamanca
- Día 8:** Comité Ejecutivo CEE
- Día 9:** Encuentro con Sacerdotes de la Vicaría VIII en la Parroquia Virgen del Refugio y Santa Lucía
- Días 10, 11 y 12:** Roma. Canonizaciones.
- Día 13:** Consejo Episcopal.
Clausura de la Visita Pastoral a la Vicaría VII, en la Parroquia del Buen Suceso
- Día 15:** reunión COL JMJ 2011
Inauguración del curso del Foro Juan Pablo II

Día 16: Encuentro con Sacerdotes de la Vicaría V
Apertura de la Visita Pastoral a la Vicaría VIII, en la Parroquia de Santa María Micaela

Día 17: Misa en el Colegio de las Hijas de María, de Talavera de la Reina

Día 18: Ceremonia de Beatificación del Cardenal Sancha, en Toledo
Misa en la Parroquia de San Dámaso, con motivo de su 25 aniversario

Día 19: Inauguración del Curso de Formación Permanente en la Facultad de Teología ‘San Dámaso’

Día 20: Consejo Episcopal
Misa con motivo del 150 aniversario del Colegio Sagrado Corazón de Chamartín

Día 21: Encuentro con Sacerdotes de la Vicaría III
Reunión con la Hermandad de la Sagrada Familia, en la Parroquia de Los Jerónimos

Día 22: Encuentro con Sacerdotes de la Vicaría IV, en la Parroquia de Nuestra Señora de la Misericordia
Visita al Seminario ‘Redemptoris Mater’ con motivo del inicio de curso

Día 23: Reunión Permanente del Consejo Presbiteral

Día 24: Misa de Acción de Gracias por la Canonización de la Fundadora de las Hermanitas de los Pobres, en la Catedral
Encuentro Diocesano de Niños, en el Parque del Retiro

Día 25: Misa con las Cruzadas, en la Catedral

Días 26, 27, 28 y 29: Roma.
Reunión del Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales.

Día 30: Consejo Episcopal.



Diócesis de Alcalá de Henares

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

DÑA. M^a ISABEL CANDELA CAVÓ, DEFENSORA DEL VÍNCULO
EN EL TRIBUNAL ECLESIAÍSTICO DIOCESANO 01/09/2009.

DEFUNCIONES

El día 18 de octubre de 2009 falleció en Madrid D. Vicente BERMEJO SEVILLANO, padre del sacerdote de nuestra Diócesis Rvdo. D. Iván BERMEJO JIMÉNEZ, Párroco de Ntra. Sra. de la Natividad, en Valdetorres de Jarama.

El día 19 de octubre de 2009 falleció en Guadalajara, D. Manuel RODRÍGUEZ SANCHEZ-MELLADO, padre del sacerdote de nuestra Diócesis Rvdo. D. Manuel RODRÍGUEZ CRUZ, Vicario Parroquial de San Pedro, en Alcalá de Henares.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO. OCTUBRE 2009

1. Jueves: Santa Teresa del Niño Jesús, virgen y doctora

- A las 11:30 h. Consejo Episcopal.
- A las 18:30 h. en Madrid inauguración del curso en la Facultad de Teología de San Dámaso (Misa y conferencia).

2. Viernes: Santos Ángeles Custodios, Patronos de la Policía Nacional

- A las 12:00 h. en la Santa e Insigne Catedral-Magistral Eucaristía en la fiesta de los patronos de la Policía Nacional.
- A las 21:00 h. Vigilia de oración con jóvenes en la Iglesia de San Felipe Neri de Alcalá de Henares.

3. Sábado: San Francisco de Borja, presbítero

- A las 11:30 h. reunión en el Palacio Arzobispal con los religiosos de la Diócesis.
- A las 21:00 h. confirmaciones en la parroquia San Pedro Apóstol de Fuente El Saz de Jarama.

4. Domingo: XXVII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO B, San Francisco de Asís

- A las 13:00 h. celebración de San Francisco de Asís con los PP. Franciscanos de Alcalá de Henares.
- A las 19:30 h. en parroquia San Juan Evangelista de Torrejón procesión por la Virgen del Rosario; y bendición y envío de catequistas del Camino Neocatecumenal.

5. Lunes: TÉMPORAS DE ACCIÓN DE GRACIAS Y PETICIÓN.

Santa Faustina Kowalska

6. Martes: San Bruno, presbítero

7. Miércoles: Ntra. Sra. del Rosario

- A las 12:00 h. Misa en Villarejo de Salvanés por Ntra. Sra. de la Victoria de Lepanto.

8. Jueves

- A las 10:30 h. en el Palacio Arzobispal reunión con los Delegados y Directores de Secretariados Diocesanos.

- A las 17:30 h. visita en el Palacio Arzobispal.

9. Viernes: San Dionisio, obispo y compañeros mártires y San Juan Leonardi, presbítero. Aniversario del Bautismo de Miguel de Cervantes Saavedra (1547)

- A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

- Por la tarde Misa en la Parroquia de San Vicente mártir de Paracuellos del Jarama.

10. Sábado: Santo Tomás de Villanueva, obispo

- A las 19:00 h. en el Valle de los Caídos Eucaristía en la convivencia de inicio de curso del Camino Neocatecumenal.

11. Domingo: XXVIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO.

Santa Soledad Torres Acosta, virgen

- A las 12:00 h. en La Asunción de Ntra. Sra. de Torres de la Alameda Eucaristía por la Patrona la Virgen del Rosario.

- A las 20:00 h. visita en el Palacio Arzobispal.

12. Lunes: NUESTRA SEÑORA DEL PILAR, MADRE DE LA HISPANIDAD y Patrona de la Guardia Civil

- A las 12:00 h. en la Santa e Insigne Catedral-Magistral Eucaristía en la fiesta de la Patrona de la Guardia Civil.

- A las 17:30 h. visita en el Palacio Arzobispal.

- A las 20:00 h. Clausura de los Cursillos de Cristiandad en la Casa de Espiritualidad de *Verbum Dei* en Loeches.

13. Martes. Dedicación de la Santa e Insigne Catedral-Magistral.

- Por la mañana reunión de arciprestes.

- A las 17:30 h. visita en el Palacio Arzobispal.

- A las 20:00 h. Eucaristía con el Seminario Mayor Diocesano “La Inmaculada y de los Santos Justo y Pastor”.-

14. Miércoles: San Calixto I, papa y mártir

- A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

- A las 18:30 h. visita al centro de reclusión de menores de Estremera de Tajo.

15. Jueves: SANTA TERESA DE JESÚS, virgen y doctora

- A las 11:00 h. en la Santa e Insigne Catedral-Magistral inauguración el curso académico de la Universidad de Alcalá de Henares.

- A las 18:30 h. Eucaristía por Santa Teresa de Jesús en las Carmelitas de la Imagen de Alcalá de Henares.

- A las 20:00 h. en el Salón de Actos del Palacio Arzobispal inauguración de “*Civitas Dei*: Aula Cultural Cardenal Cisneros” con la ponencia “La civilización de la caridad. Presentación de la encíclica *Caritas in veritate* de Benedicto XVI” a cargo de don José Luis Restán, Director de Contenidos de la Cadena COPE.

16. Viernes. Santa Eduvigis, religiosa y Santa Margarita María de Alacoque, virgen.

- A las 12:00 h. reunión con el arciprestazgo de Villarejo de Salvanes.

- A las 21:00 h. Vigilia de oración con matrimonios en la Santa e Insigne Catedral-Magistral.

17. Sábado. San Ignacio de Antioquía, obispo y mártir

- A las 11:00 h. en la Santa e Insigne Catedral-Magistral Misa de envío de catequistas.

- A las 18:00 h. en Parroquia San Isidro de Alcalá de Henares funeral del hermano del Rvdo. don Inocente López Moraleda.

18. Domingo. XXIX DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO B. San Lucas, evangelista

- A las 12:00 h. en la parroquia Santo Tomás de Villanueva de Alcalá de Henares Eucaristía para celebrar su patrono.

- A las 18:30 h. en las Clarisas de San Diego rezo de Vísperas con la Cruz de San Damián.

19. Lunes: San Pedro de Alcántara, presbítero, San Juan de Brébeuf y San Isaac Jogues, presbítero y compañeros, mártires y San Pablo de la Cruz, presbítero.

- A las 19:00 h. funeral en Madrid por el padre del sacerdote Rvdo. don Iván Bermejo Jiménez.

20. Martes

- Jornada con los sacerdotes: Presentación de la Encíclica “*Caritas in veritate*”.

- A las 18:30 h. visita de los futuros diáconos.

- A las 20:15 h. en la Santa e Insigne Catedral-Magistral Eucaristía y promesa de los futuros diáconos.

21. Miércoles

- A las 11:00 h. en la Santa e Insigne Catedral-Magistral funeral por el padre del Rvdo. don Manuel Rodríguez Cruz.
- A las 12:00 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.
- A las 19:00 h en la Sala Capitular de la Santa Iglesia Catedral de La Almudena de Madrid presentación, a las distintas instituciones implicadas, del Día de la Familia del próximo día 27 de diciembre.

22. Jueves

- A las 11:30 h. Consejo Episcopal.
- A las 18:00 h. en Loeches charla sobre el número 78 de *Caritas in veritate* y Eucaristía de Apertura Curso a *Verbum Dei*.

23. Viernes. San Juan de Capistrano, presbítero

- A las 12:00 h. reunión con el arciprestazgo de Coslada-San Fernando.
- A las 18:00 h. visitas en el Palacio Arzobispal.

24. Sábado. San Antonio María Claret, obispo

- A las 11:00 h. en la Santa e Insigne Catedral-Magistral ordenación de diáconos.

25. Domingo. XXX DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO B

- A las 12:00 h. Eucaristía de inicio de curso en la Parroquia de Santa María Magdalena de Torrejón de Ardoz.
- Almuerzo fraterno con la Sociedad de los Condueños de Alcalá de Henares.

26. Lunes

- A las 10:30 h. en el Seminario Formación Permanente del Clero: El cielo en la tierra. En base al libro “La Liturgia Fontal”.
- A las 18:30 h. visita en el Palacio Arzobispal.

27. Martes

- A las 10:30 h. en el Seminario Formación Permanente del Clero: El cielo en la tierra. En base al libro “La Liturgia Fontal”.
- A las 20:00 h. Eucaristía con el Seminario Mayor Diocesano “La Inmaculada y de los Santos Justo y Pastor”.

28. Miércoles. San Simón y San Judas, apóstoles

- A las 10:30 h. visita de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.
- A las 17:00 h. en el Palacio Arzobispal inauguración de la exposición: “Palacio de los Arzobispos: archivos abiertos”.
- A las 19:30 h. Eucaristía en la Santa e Insigne Iglesia Catedral-Magistral.

29. Jueves

- A las 11:30 h. Consejo Episcopal.

- A las 17:30 h. visita y Eucaristía en la Comunidad del Rvdo. don Miguel Ángel Pardo.
- 20:30 h. en el Seminario diocesano reunión con el equipo organizador de “*Civitas Dei*: Aula Cultural Cardenal Cisneros”.

30. Viernes

- A las 11:30 h. visita a la Sra. Alcaldesa de Algete.
- A las 12:00 h. reunión en el arciprestazgo de Algete.
- A las 18:30 h. visita en el Palacio Arzobispal.

31. Sábado

- A las 11:00 h. en la Capilla de la Inmaculada del Palacio Arzobispal reunión con la Renovación Carismática.
- A las 16:30 retiro en el Palacio Arzobispal a cargo del Rvdo. don Miguel Ángel Pardo.



Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

Homilía de D. Joaquín M^a López de Andújar,
Obispo de Getafe en la ceremonia de
Ordenación de un presbítero y diez diáconos
Basílica del Sagrado Corazón de Jesús,
Cerro de los Ángeles, Getafe, 12 de Octubre de 2009

“Os daré pastores según mi corazón” (Jer 3,15). Con estas palabras del profeta Jeremías Dios promete a su pueblo no dejarlo nunca privado de pastores que lo congreguen y guíen. La Iglesia, Pueblo de Dios, contempla con gozo el cumplimiento de este anuncio profético y da continuamente gracias al Señor. Sabe que ese cumplimiento se realiza en Jesucristo. *“Yo soy el Buen pastor y conozco a mis ovejas y las mías me conocen a mí (...) y doy la vida por mis ovejas”* (Jn 10,11 y ss). Y sabe también que la presencia de Jesucristo, Buen Pastor, sigue viva entre nosotros, por voluntad suya, en todos los lugares y en todas las épocas, por medio de los apóstoles y de sus sucesores. Sin sacerdotes la Iglesia no podría cumplir el mandato del Señor de anunciar el evangelio. *“Id y haced discípulos de todas las gentes”* (Mt 28,19); ni podría renovar cada día, en el Misterio Eucarístico, el Sacrificio de su Cuerpo entregado y de su Sangre derramada para la vida del mundo (cf. PDV, 1).

En un día como hoy, en el que van a ser ordenados un presbítero y diez diáconos, nuestra Iglesia diocesana de Getafe da gracias al Señor porque permane-

ce en medio de nosotros apacentando su grey, por medio de aquellos que Él llama personalmente para continuar su misión pastoral.

El evangelio que acaba de ser proclamado nos dice que Jesús, después de mirar lleno de compasión a las gentes que estaban extenuadas y abandonadas, como ovejas que no tienen pastor, dice a sus discípulos: *“La mies es abundante y los trabajadores pocos, rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies”* (Mt 9,38). La oración que hacemos todos los días pidiendo vocaciones sacerdotales ha sido escuchada por el Señor y hoy, con emoción y esperanza, le damos gracias por estos nuevos pastores que Él nos regala.

Nunca podemos perder de vista que la llamada al ministerio sacerdotal es iniciativa de Dios. El Señor llama a los que quiere y como quiere. *“Nadie puede venir a Mí, si el Padre que me ha enviado no lo atrae”* (Jn 6,44). *“No me habéis elegido vosotros a Mí, sino que Yo os he elegido a vosotros y os he destinado para que vayáis y deis fruto y vuestro fruto permanezca”* (Jn 15,16). La historia de toda vocación sacerdotal es la historia de un inefable diálogo entre el amor de Dios que llama y la libertad del hombre que responde a Dios en el amor. Estos dos aspectos de la vocación, el don gratuito de Dios y la libertad responsable del hombre, son inseparables.

Queridos ordenandos y queridos seminaristas la vocación es un don de la gracia divina y no un derecho del hombre. La vida sacerdotal nunca puede ser considerada como una promoción simplemente humana, ni la misión del ministro nunca puede ser entendida como un simple proyecto personal. Tener esto claro nos ayudará a excluir de nosotros cualquier sentimiento de vanagloria o presunción. Los que hemos tenido la gracia de ser llamados por el Señor hemos de sentir continuamente una profunda gratitud, llena de admiración y una esperanza muy firme, porque sabemos que estamos apoyados no en nuestras propias fuerzas, sino en la fidelidad incondicional de Aquél que nos ha llamado.

Dice el evangelista S. Marcos que Jesús *“llamó a los que quiso y vinieron a Él”* (Mc 3,13). Este “venir a Él”, que se identifica con el “seguir” a Jesús, que aparece en otros relatos de vocación, expresa la respuesta libre de los doce a la llamada del Maestro. Así sucede en la vocación de Pedro y de Andrés. Jesús les dice: *“Venid conmigo y os haré pescadores de hombres”*. Y ellos, al instante, *“dejaron las redes y lo siguieron”* (Mt 4,21-22). Y, de la misma manera, sucede

también en la experiencia de Santiago y de Juan (cf. Mt 4,21-22) y sucede siempre que Dios llama a alguien para una misión. En toda vocación brillan siempre a la vez el amor gratuito de Dios y la libertad del hombre; siempre aparece la adhesión a la llamada de Dios y su entrega incondicional a Él. Es el diálogo entre la gracia y la libertad: un diálogo en el que gracia y libertad no sólo no se oponen entre si sino que por el contrario la gracia anima y sostiene la libertad humana, liberándola de la esclavitud del pecado (cf Jn 8,34-36), sanándola y elevándola en sus capacidades de apertura y acogida del don de Dios. (cf. PDV 36)

La certeza de que Dios es siempre fiel en su amor y en su llamada nos llena de confianza y nos da fuerza en las dificultades. Dios nunca abandona a aquellos a los que llama para una misión. Él siempre camina a nuestro lado y nos da a su Hijo como hermano y compañero inseparable de nuestra historia. Porque, como nos dice el evangelista S. Juan: *“Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único para que todo el que cree en Él no perezca sino que tenga la vida eterna”* (Jn. 3,16).

Ante este Amor que nos precede y nos acompaña, la actitud de los que hemos sido llamados por Él al ministerio sacerdotal no puede ser otra que la de dejarnos sorprender por ese amor y sentirnos felices por esa llamada. Quien es fiel al proyecto de Dios encuentra el verdadero sentido de su vida. No tengamos nunca miedo al proyecto de Dios sobre nosotros, aunque nos parezca arduo y difícil. Benedicto XVI nos dice, en el comienzo de su última encíclica *Cáritas in Veritate* que cada uno encuentra su propio bien asumiendo el proyecto que Dios tiene sobre él porque en ese proyecto el hombre encuentra su verdad y aceptando esta verdad se hace libre (cf. CV 1).

El ejemplo de los santos pastores, como San Juan de Ávila o el Santo Cura de Ars, nos ayuda a responder con fidelidad a la llamada de Dios. “Este buen Salvador -decía el Cura de Ars- está tan lleno de amor que nos busca por todas partes”. No tengamos ningún reparo en dejarnos sorprender por el Amor, que es Dios, más allá de nuestros planes y esquemas. Siguiendo el ejemplo de los santos abramos nuestro corazón a la sorpresa de Dios haciendo de nuestra vida un continuo “sí” a Dios en las circunstancias de todos los días. Seamos, como los santos pastores, humildes, confiados y generosos para aprender a vivir en la lógica de la entrega: una entrega que nace de la experiencia de la misericordia divina. Los santos nos enseñan a entender la historia de nuestra vida desde los latidos del Corazón de Cristo, que busca a la oveja perdida como algo que pertenece a su amor esponsal

y como expresión de la ternura materna de Dios. Ellos nos invitan a experimentar en nuestras propias vidas la compasión hacia todos los hermanos.

En la homilía de las canonizaciones de ayer, decía el Santo Padre refiriéndose a S. Francisco Coll: “Su pasión fue predicar con el fin de anunciar y reavivar la Palabra de Dios, ayudando así a las gentes al encuentro profundo con el Señor. Un encuentro que llevaba a la conversión del corazón, a recibir con gozo la gracia divina y a mantener un diálogo constante con el Señor mediante la oración. Por eso su actividad evangelizadora incluía una gran entrega al sacramento de la Reconciliación, un énfasis destacado en la Eucaristía y una insistencia constante en la oración. Francisco Coll llegaba al corazón de los demás porque transmitía lo que él mismo vivía, lo que ardía en su corazón: el amor de Cristo y su entrega a Él”. Y refiriéndose al Padre Damián, apóstol de los leprosos, nos decía el Papa: “Siguiendo al apóstol Pablo, S. Damián nos impulsa a seguir las buenas y duras batallas. No aquellas que llevan a la división, sino las que unen. Nos invita a abrir los ojos sobre las lepras que, aún hoy, desfiguran la humanidad de nuestros hermanos y que a apelan a nuestra generosidad y a la caridad de nuestra presencia de servicio”.

Queridos ordenandos, por el don del Espíritu Santo que vais a recibir en la ordenación diaconal y sacerdotal, estáis llamados, siguiendo el ejemplo de estos santos pastores, a participar del ser sacerdotal de Cristo. Estáis llamados a prolongar la misión de Cristo, para obrar en su nombre en sintonía con su mismo estilo de vida como signo personal, comunitario y sacramental del Buen Pastor. Durante la última cena, Jesús en su diálogo con el Padre afirma repetidamente refiriéndose a los apóstoles que son “*los suyos*” (Jn 13,1), “*los que Tú me has dado*” (Jn 17,4 ss.). Los apóstoles pertenecen a Jesús de una manera especial. Son los que el Padre le ha dado para prolongar en el mundo su misión. Son los llamados a ser la “expresión” o “la gloria” (Jn 17,10) de Jesús. Son aquellos elegidos por el Padre para reflejar, entre los hombres, el amor de Jesús a todos y cada uno de los redimidos.

Esta identidad vocacional de los apóstoles, llamados a reflejar en el mundo el amor sacerdotal de Cristo a los hombres, esta particular pertenencia a Cristo, aparece en el evangelio desde el inicio mismo de la predicación de Jesús, cuando “*llamó a los que quiso para que estuvieran con Él y para enviarles a predicar*” (Mc 3,13-14). Vemos, a lo largo de todo el evangelio, cómo la vida de los apóstoles se caracteriza por el encuentro con Jesús, por el seguimiento a Jesús, por la

comunión entre ellos, en Jesús, como centro de esa comunión y por la participación en la misión de Jesús, siendo transparencia e instrumento de la vida, el amor y la misión de Jesús. Nosotros, sacerdotes, hemos sido enriquecidos con la gracia del Espíritu Santo para continuar en el mundo la vocación apostólica. Somos hoy y aquí, en medio de los hombres de nuestro tiempo, los apóstoles de Cristo, llamados a estar con Él, en la oración contemplativa, en la Eucaristía y en los demás sacramentos y llamados a predicar en su nombre.

Queridos hermanos, no nos engañemos; los dones gratuitos de esta vocación apostólica y sacerdotal no llevan consigo más privilegio que el de obrar en el nombre y en la persona de Cristo Cabeza de su Iglesia, reflejando en nuestras vidas la inmolación de Cristo en la cruz, dando la vida, sirviendo a nuestros hermanos, lavándoles los pies y presentándonos ante ellos *“como servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios”* (I Cor 4,1).

La espiritualidad sacerdotal no consiste en otra cosa que en la vivencia de lo que los ministros ordenados somos y hacemos. Una espiritualidad que se concreta en actitudes interiores de fidelidad al amor de Cristo, de disponibilidad para servir a los hermanos y de generosidad, como la del Buen pastor, hasta dar la vida. La espiritualidad sacerdotal exige de nosotros la huida de cualquier forma de subjetivismo o individualismo. El Pueblo de Dios, Pueblo sacerdotal, tiene derecho a ver en el sacerdote la caridad de Jesucristo, Buen Pastor, que vivió obediente a los designios del Padre y se entregó a los hombres, desprendiéndose de cualquier apego humano, como esposo que lleva a todos en el corazón.

La vocación del sacerdote sólo puede ser entendida como vocación de “seguimiento” pleno y radical a Cristo, y sólo puede ser vivida como vocación de total adhesión a Cristo, tal como la resumió el apóstol Pedro: *“Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido”* (Mt. 19, 27). Esta totalidad de la entrega es la respuesta adecuada a la gratuidad de la llamada y a la predilección que supone haber sido elegidos por el Señor para una misión tan alta. Los sacerdotes hemos de empaparnos de los “sentimientos” de Cristo que se “anonadó” para expresar su donación incondicional al Padre y a los que el Padre le había confiado.

Esa donación de Cristo para comunicar a los hombres la vida nueva ha de continuar expresándose, con la gracia de Dios, en la vida de los suyos. Quienes creen en Cristo necesitan y tienen derecho a ver en los sucesores de los apóstoles el amor mismo del Buen Pastor. No se puede predicar el Evangelio en nom-

bre de Cristo si no es presentando en la propia vida la vida de Cristo, pobre, casto y obediente.

Queridos sacerdotes, queridos seminaristas, no hemos de asustarnos ante las exigencias de la llamada del Señor. Si el Señor nos ha llamado, Él nos dará también la gracia necesaria para seguirle y nos hará experimentar todos los días la alegría de vivir sólo para Él. Vivamos sin ningún temor el radicalismo evangélico, según el estilo del Buen Pastor. El Espíritu Santo recibido en la ordenación sacerdotal hará posible lo que para los hombres parece imposible. El Espíritu Santo conformará nuestras vidas con Jesucristo Cabeza y Pastor de la Iglesia, nos dará la capacidad de ser instrumentos vivos de Cristo Sacerdote eterno, nos acompañará siempre para actuar personificando a Cristo mismo, allí donde el mismo Cristo nos envíe y moverá nuestros corazones para seguir haciendo presente entre nuestros hermanos la misericordia divina.

La Virgen María, como Madre y figura de la Iglesia, es Madre de misericordia por ser Madre de la misericordia personificada en Jesús. María es la que de manera singular y excepcional ha experimentado como nadie la misericordia y también, de manera excepcional, ha hecho posible con el sacrificio de su Corazón la propia participación en la misericordia divina. Nadie ha experimentado, como la Madre del Crucificado, el misterio de la Cruz. Nadie como ella ha acogido de corazón este Misterio. Que ella interceda hoy, ante su Hijo Jesucristo, para que los que van a ser ordenados y todos los que han recibido la gracia del sacramento del orden, conformen su vida con el misterio de la Cruz del Señor y manifiesten al mundo en su ministerio sacerdotal y en su propia vida las riquezas infinitas de la misericordia divina. Amén.

Fidelidad de Cristo, fidelidad del sacerdote
El Sacerdocio es el amor del Corazón de Jesús

CARTA A LOS SACERDOTES

Mons. Joaquín María López de Andújar y Cánovas del Castillo
Obispo de Getafe

Introducción

Queridos hermanos sacerdotes:

El Papa Benedicto XVI ha tenido la feliz iniciativa de convocar un Año Sacerdotal, con motivo del CL aniversario de la muerte del Santo Cura de Ars, patrono universal del clero diocesano. Acogiendo esta propuesta del Santo Padre, os dirijo esta carta con la intención de fomentar en todos nosotros una honda renovación interior.

Quisiera expresar mi deseo de que todos juntos, Obispo Diocesano, Obispo Auxiliar y todos vosotros, mis queridos sacerdotes, reavivemos el don inefable que nos fue conferido por la imposición de manos y confirmemos nuestro incondicional servicio al altar. Contamos con la oración, para nosotros tan necesaria, de

toda la comunidad diocesana, especialmente de nuestra queridas comunidades contemplativas.

Este Año Sacerdotal debe ser para nosotros una llamada fuerte del Señor para vivir nuestra vocación con una entrega total a Cristo y a la Iglesia. Hemos de reconocer el inmenso don que supone el sacerdocio, no sólo para la Iglesia, sino también para la humanidad entera. Demos gracias al Señor por habernos elegido para ser en el mundo su mismo Corazón, que ama y bendice a todos los hombres.

Desearía también actualizar en nuestra memoria el extraordinario modelo de vida y de servicio sacerdotal que el Santo Cura de Ars, y otros muchos santos sacerdotes, ofrecen a toda la Iglesia y a nosotros de una manera especial. Testimonio el suyo de plena actualidad en las primicias de este Tercer Milenio. Esto nos ayudará a mejorar en el ejercicio de nuestro ministerio pastoral.

1. Todo el mundo te busca (Mc 1,37)

El evangelista san Marcos nos dice que Jesús, después de curar en Cafarnaún a la suegra de Pedro, «se levantó de madrugada, se marchó al descampado y allí se puso a orar. Pero Simón y sus compañeros fueron y, al encontrarlo le dijeron: todo el mundo te busca» (Mc 1,35-37).

Aquellas gentes, después de haber conocido al Señor y haber quedado fascinadas por su Palabra, ya no podían vivir sin Él. En Él habían encontrado la vida y la salvación. Con Él habían recuperado la esperanza. Él había llenado el vacío de su corazón. De ahora en adelante, su único deseo era estar con el Señor. Las acciones del Señor y la autoridad de su Palabra suscitó en ellos el interrogante sobre el misterio de su persona. Ya no quieren abandonarle.

Hoy también hay mucha gente que, de formas distintas y por caminos muy diversos, busca y necesita a Jesús. Es verdad que la época en que vivimos resulta en cierto modo desconcertante. Muchos hombres y mujeres parecen desorientados, inseguros, sin esperanza e incluso muchos cristianos están también sumidos en este estado de ánimo sin ser capaces de integrar el mensaje evangélico en su experiencia cotidiana¹. Sin embargo, nuestra experiencia sacerdotal nos dice que el hombre no puede vivir sin esperanza. Su vida, condenada a la falta de significado, se

¹ Cf. JUAN PABLO II, *Ecclesia in Europa* 7.

convierte en insoportable. Sabemos que todo hombre trata de llenar esa necesidad de esperanza de la forma que sea, con realidades muchas veces efímeras y frágiles. Trata de saciar su sed de infinito con esperanzas humanas cerradas a la trascendencia. Intenta contentarse con los paraísos prometidos por la ciencia, por la técnica o por los más diversos caminos de evasión que pretenden ofrecer las múltiples formas esotéricas de espiritualidad². Pero nada es capaz de saciar su sed de Dios. El hombre sin esperanza, cuando se enfrenta consigo mismo, se siente sólo y vacío. Y hasta la misma convivencia con los demás, incluso con los más íntimos, se le hace difícil. «El hombre sin Dios no sabe dónde ir ni tampoco logra entender quién es.»³

En cambio, cuando el hombre, libre de miedos y prejuicios, busca con sinceridad la verdad y se encuentra cara a cara con Cristo, su vida cambia radicalmente. Cuando se deja interpelar por su Palabra y se deja mirar y amar por Él, todo empieza a ser distinto. Es el descubrimiento de la perla preciosa y del tesoro escondido⁴. Cuando uno descubre, no al Jesucristo manipulado por las ideologías, sino al Jesucristo real, vivo y resucitado, vigorosamente presente en su Iglesia, el Cristo que confía en el hombre, que le eleva y le dignifica, entonces, como aquellas gentes de las que habla el evangelista Marcos, ya sólo desea estar con Jesús para conocerle más, amarle más y seguirle, entregándole gozosamente la vida. ¡Qué maravillosa es la vida cristiana; y qué papel tan esencial tiene el sacerdote en el encuentro del hombre con Cristo! ¡Qué alegría tan grande sentimos los sacerdotes cuando, por nuestro ministerio sacerdotal, ponemos a los hombres en relación con Dios y les hacemos experimentar su misericordia; y qué pena, por el contrario, cuando los hombres le rechazan y se cierran a su amor! ¡Qué sufrimiento cuando, como decía san Francisco de Asís, el Amor no es amado! El Santo Cura de Ars, consciente de la grandeza y, al mismo tiempo, de la responsabilidad de su ministerio decía: “¿De qué serviría una casa llena de oro si no tuvierais a nadie para abrir la puerta? El sacerdote tiene la llave de los tesoros celestiales; es quien abre la puerta; es el ecónomo de Dios, el administrador de sus bienes”⁵.

Doy gracias a Dios por todos vosotros, hermanos sacerdotes. Vosotros sois mis pies, mis manos y mi corazón en el ministerio apostólico. En esta inmensa tarea de acercar a los hombres a Cristo vosotros, queridos sacerdotes, sois los

² Ibidem. 10.

³ BENEDICTO XVI, *Caritas in veritate* 78.

⁴ Cf. Mt 13,44-46.

⁵ JORGE LÓPEZ TEULÓN, *El Santo Cura de Ars*, p. 223. Edibesa. Madrid 2009.

primeros e insustituibles colaboradores del orden episcopal. Doy gracias a Dios por el presbiterio de esta diócesis. Con vosotros he vivido momentos muy intensos de encuentro con el Señor. A vosotros he acudido muchas veces para pedir os consejo. En vosotros he encontrado ejemplos admirables de caridad pastoral. En vosotros sigue viva la Palabra de Cristo, el perdón de los pecados y la misericordia del Padre. Por vosotros, cada vez que celebráis el Bautismo y la Eucaristía se sigue edificando la Iglesia. ¡Cuántas veces, especialmente en la visita pastoral a las parroquias, me he sentido confortado al ver vuestro amor a Cristo y vuestra entrega en cuerpo y alma a vuestras comunidades! Doy gracias a Dios por vuestra constancia y paciencia con los que buscan una Iglesia que comprenda sus sufrimientos, sus gozos y sus esperanzas, por vuestra fidelidad al magisterio de la Iglesia, por vuestra cercanía con los que quieren encontrar el alimento sólido de la Palabra de Dios y por vuestra disponibilidad con los que, a través de vuestro ministerio, son capaces de encontrarse con el amor compasivo de Jesucristo Buen Pastor, que busca sin desfallecer a la oveja perdida. Puedo decir con san Pablo: «Siempre damos gracias a Dios por todos vosotros y os tenemos presentes en nuestras oraciones. Ante Dios nuestro Padre recordamos sin cesar la actividad de vuestra fe, el esfuerzo de vuestro amor y el aguante de vuestra esperanza en Jesucristo, nuestro Señor» (1Tes 1,2-3). Apoyándome en vosotros y confiando en vosotros, espero llevar adelante la misión que me ha sido encomendada. Los presbíteros estáis llamados a prolongar, como colaboradores del ministerio episcopal, la presencia de Cristo, Único y Supremo Pastor, siguiendo su estilo de vida y siendo como una transparencia de su luz en medio del pueblo que nos ha sido confiado. Decía el Cura de Ars: «Si tuviéramos fe, veríamos a Dios escondido en el sacerdote como una luz detrás de un cristal, como un vino mezclado con agua»⁶.

Tengo todavía muy viva la imagen del Papa Juan Pablo II, ya muy anciano y limitado de fuerzas, cuando en la tarde del día 3 de mayo del año 2003, en la base de Cuatro Vientos, decía a la multitud de jóvenes allí congregada con una extraordinaria energía: «Os doy mi testimonio: yo fui ordenado sacerdote cuando tenía 26 años. Desde entonces han pasado 56. Al volver la mirada atrás y recordar estos años de mi vida, os puedo asegurar que vale la pena dedicarse a la causa de Cristo y, por amor a Él, consagrarse al servicio del hombre. ¡Merece la pena dar la vida por el evangelio y por los hermanos!» En ese momento estaba junto a mí un joven que tenía clavada su mirada en el Papa. Ese joven está hoy en nuestro Seminario

⁶ Ibidem. 221.

y, si Dios quiere, muy pronto será sacerdote. Detrás de toda vocación sacerdotal siempre esta la figura de algún sacerdote ejemplar.

Sí. ¡Merece la pena dar la vida por el evangelio y por los hermanos! Es Cristo mismo quien nos elige. Es Cristo quien nos llama. Es Cristo quien nos envía. Hemos sido llamados por una iniciativa suya. «Subió al monte y llamó a los que Él quiso»⁷. Nos ha llamado, como a los Apóstoles, uno a uno, por nuestro propio nombre, para poder participar en su misión de ser Sacerdote y Víctima, Pastor, Cabeza y Siervo⁸. Nuestro ser sacerdotal brota del encuentro íntimo con el Señor. Hemos sido llamados para un encuentro que se convierte en relación profunda, se concreta en seguimiento para compartir su mismo estilo de vida, se vive en fraternidad y comunión con los otros llamados y orienta toda la existencia a la misión⁹.

2. Ungidos por el Espíritu Santo

«El Espíritu del Señor está sobre mí.»¹⁰ El Espíritu está sobre el Mesías, le llena, le penetra, le invade en todo su ser y en su obrar. En virtud del Espíritu, Jesús pertenece total y exclusivamente a Dios Padre, participa de su infinita santidad, que lo llama, elige y envía. El Espíritu se manifiesta como fuente de santidad y llamada a la santificación¹¹. Jesucristo es el Ungido por excelencia. El Espíritu es artífice de su concepción virginal, cumpliéndose así las palabras del Ángel a la Virgen María: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra» (Lc 1,35). La unción de Cristo significa que su humanidad, cuerpo y alma, fue plenamente asumida por la divinidad, de tal manera que en Cristo todo lo humano es al mismo tiempo divino, es revelación de Dios, es Palabra de Dios, es acción salvadora de Dios.

Jesucristo, como verdadero hombre, habla el lenguaje de los hombres, pero su lenguaje nos trasmite el mensaje de Dios. Jesucristo vive en las mismas circunstancias, con las mismas posibilidades y limitaciones de los hombres de su tiempo, pero sus obras son obras de Dios. Jesucristo, en su pasión y en sus tormentos,

⁷ Mc 3,13.

⁸ Cf. CONCILIO VATICANO II, Decreto *Presbyterorum ordinis* 1-3 y JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis* 20-22.

⁹ Cf. JUAN ESQUERDA BIFET, Congreso de Espiritualidad Sacerdotal. Malta, 2004.

¹⁰ Lc 4,18. Cf. Is 61,1-2.

¹¹ Cf. JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis* 19.

no es sólo un hombre inocente que sufre para darnos ejemplo: en Él está sufriendo el mismo Dios. Por eso el sufrimiento de la pasión de Cristo es un sufrimiento redentor, es un sufrimiento que nos salva. «Sus heridas nos han curado.»¹² Finalmente, la humanidad gloriosa de Jesucristo resucitado, «habiendo entrado una vez para siempre en el santuario del cielo, ahora intercede por nosotros como mediador que asegura la perenne efusión del Espíritu»¹³.

Cristo es la fuente de toda unción. Es el manantial del que brota, para la salvación del mundo, el agua viva, el don del Espíritu Santo. El mismo Cristo nos lo dice en el Evangelio de san Juan: «Si alguno tiene sed que venga a Mí y beba (...) y de sus entrañas brotarán torrentes de agua viva» (Jn 7,37). Jesucristo, en el cumplimiento del designio salvador del Padre, para comunicar la vida divina a los hombres, ha querido «despojarse de sí mismo, tomando la condición de siervo y hacerse semejante a los hombres» (Flp 2,7) para después ser exaltado y recibir el «nombre que está sobre todo nombre» (Flp 2,9) y ser así fuente de salvación para todos los que creen en Él.

Ésta es la Unción sustancial de Nuestro Señor Jesucristo. Él es el Ungido: Sumo y Eterno sacerdote. Es el sacerdote Único de la Nueva y Eterna Alianza¹⁴ inaugurada en la entrega de su Cuerpo y en el derramamiento de su Sangre preciosa en la cruz. De su único sacerdocio participamos todos los bautizados. Hemos sido constituidos Pueblo Sacerdotal. El Espíritu del Señor está sobre todo el Pueblo de Dios, consagrado a Él y enviado para anunciar el Evangelio que salva. Todos, bautizados y ministros ordenados, hemos nacido de su Único y Eterno sacerdocio¹⁵.

No podemos perder de vista la riqueza del sacerdocio de Cristo: es la única fuente del sacerdocio de todos los bautizados y de todos los ministros ordenados. Ambos modos de participación en el sacerdocio de Cristo, aunque diferentes esencialmente, se ordenan el uno al otro. «El sacerdote, ministro tomado de entre los hombres, es instituido a favor de los hombres.»¹⁶. Para lo cual, Nuestro Señor Jesucristo «no sólo ha conferido el honor del sacerdocio real a todo su Pueblo

¹² Is 53,5.

¹³ Prefacio para después de la Ascensión.

¹⁴ Cf. Hb 7-10.

¹⁵ Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen gentium* 10.

¹⁶ Hb 5,1.

¹⁷ Prefacio de la Misa de Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote

Santo, sino que también, con amor de hermano, elige a hombres de este Pueblo para que por la imposición de manos, participen de su sagrada misión»¹⁷.

Por esta especial elección, la afirmación del Concilio de que «todos los fieles de cualquier estado o condición están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad»¹⁸ encuentra una particular aplicación cuando se refiere al sacerdocio ministerial. Nosotros hemos sido llamados, no sólo en cuanto bautizados, sino también como sacerdotes, “con un nuevo título y con modalidades originales que derivan del sacramento del orden”¹⁹.

El día de nuestra ordenación sacerdotal fuimos ungidos y consagrados por el Espíritu Santo para configurarnos íntimamente con Cristo y poder continuar en el mundo la misión que el mismo Jesucristo confió a los Apóstoles. Fuimos consagrados para convertirnos en instrumentos vivos de Cristo, Sacerdote Eterno y «para proseguir en el tiempo la obra admirable del que con celeste eficacia redimió al género humano»²⁰. Dios nos ha querido elegir a nosotros, los sacerdotes, como instrumentos y canales de su misericordia y del don del Espíritu Santo. «Como el Padre me envió así os envío Yo (...) Recibid el Espíritu Santo.»²¹ Es algo verdaderamente maravilloso que, cuando lo meditamos, nos llena de asombro. Dios ha querido ungirnos con el don del Espíritu Santo el día de nuestra ordenación a nosotros, pobres hombres, llenos de debilidades, «vasijas de barro»²², para que su vida divina llegue sacramentalmente a todos los hombres por nuestra singular relación con Cristo.

Podemos decir que las palabras del profeta Isaías, que aplicamos principalmente a Jesús, también se cumplieron en nosotros el día de nuestra ordenación: «Yo, el Señor, te he llamado con justicia, te he tomado de la mano, te he formado y te he hecho alianza de un pueblo, luz de las naciones para que abras los ojos de los ciegos, saques a los cautivos de la prisión y de las mazmorras a los que habitan en tinieblas» (Is 42,6-7).

Todo el rito de la ordenación sacerdotal es una súplica ardiente pidiendo para los nuevos sacerdotes el don del Espíritu Santo. En las letanías de los santos,

¹⁸ CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen gentium* 40.

¹⁹ JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis* 19.

²⁰ *Ibidem*. 20.

²¹ Jn 20,21.

²² Cf. 2 Co 4,7.

en comunión con la Virgen María y con todos aquellos que se han distinguido por su fidelidad a Cristo, la Iglesia pide al Padre que bendiga, santifique y derrame sobre los nuevos presbíteros la abundancia de sus bienes. En la oración de consagración, el Obispo pide nuevamente al Padre Todopoderoso que renueve en el corazón de los ordenandos el Espíritu de santidad, para que, siendo con su conducta un verdadero ejemplo de vida, hagan posible con su predicación que la Palabra del Evangelio dé abundantes frutos en el corazón de los hombres. Pedimos que sean fieles dispensadores y administradores de los Misterios de Dios, para que el Pueblo se renueve y renazca en las aguas del Bautismo, los pecadores sean reconciliados y los enfermos confortados. Pedimos también que, con su oración y la inmolación de sus vidas, imploren la misericordia divina para aquellos que se les confía y a favor del mundo entero²³. En el momento de ungir con el santo crisma las manos del nuevo sacerdote, el Obispo invoca a Jesucristo, a quien el Padre ungió con la fuerza del Espíritu Santo, para que, con su auxilio, santifique al Pueblo cristiano y ofrezca a Dios el sacrificio santo.

La vida del sacerdote no puede entenderse sin la gracia del Espíritu Santo. Tenemos que dejar que el Espíritu Santo llene y consagre plenamente nuestro ser sacerdotal. El convertirá nuestras vidas en un don admirable para todos los hombres. Dejémonos llevar por el Espíritu Santo y así podremos ofrecer a los hombres lo que más desean: la vida eterna²⁴. Nadie puede dar lo que no posee. Es verdad que Dios siempre garantiza la eficacia de los sacramentos, a pesar de la indignidad de los ministros. Pero también es verdad que nunca podremos transmitir el Espíritu Santo adecuadamente, como Dios desea, si nosotros mismos no estamos cerca de Él. Sólo si somos tocados continuamente en nuestro interior por el Espíritu Santo podremos también nosotros transmitirlo a los demás.

El Espíritu Santo será siempre para nosotros el guía necesario de la oración, el alma de nuestra esperanza y la fuente de nuestra alegría. El Espíritu Santo abrirá nuestra razón hacia nuevos horizontes que la superen, entendiendo que la única sabiduría reside en la grandeza de Cristo y en su cruz redentora, en la que se nos ha revelado el misterio del designio de Dios y de su amor infinito²⁵. El Espíritu Santo pondrá en nuestros labios las palabras justas para anunciar a Dios en todos los

²³ Cf. Ritual de Ordenación.

²⁴ Cf. Jn 3,16.

²⁵ Cf. BENEDICTO XVI, Vigilia con jóvenes en Notre Dame. París, 12 de septiembre de 2008.

lugares donde estemos, en nuestras comunidades, con nuestra predicación, respaldando nuestra palabra y nuestro testimonio de vida con su fuerza siempre fecunda. El Espíritu Santo hará que, con nuestra palabra y nuestra vida, seamos capaces de acercar a los hombres al manantial del amor de Dios.

Puede ocurrir que nos sintamos abrumados ante una misión tan grande. Pero el mismo Espíritu nos hará comprender que, al final de cada jornada, Dios no nos pide una «cuenta de resultados». Dios no se fija si en el lugar donde trabajamos son cada vez más o cada vez menos los que acuden a la Iglesia. El Espíritu Santo, que es Amor, nos preguntará por el amor que hemos puesto en nuestra entrega: un amor, como nos recuerda el Papa en su última Encíclica, vivido en la verdad. Porque la verdad es la luz que da sentido y valor al amor²⁶. Esto es lo esencial. Al final de cada jornada, el Señor nos preguntará como a Pedro en el lago de Tiberíades: «Simón, hijo de Juan ¿me amas más que estos?»²⁷

3. Llamados para estar con Cristo. «Les llamó para que estuvieran con Él» (Mc 3,14)

Esta especial relación con el Señor supone un modo de vida especial. Gracias a la consagración obrada por el Espíritu Santo, la vida espiritual del sacerdote queda configurada, plasmada y definida por aquellas actitudes y comportamientos que son propios de Jesucristo, Cabeza y Pastor de la Iglesia²⁸. Por el sacramento del orden, el Espíritu del Señor nos ha enriquecido para convertirnos en pastores al servicio del Supremo Pastor, que es Jesucristo. Sólo se puede ser pastor del rebaño de Cristo por medio de Él y en comunión íntima con Él. Sólo se puede ser apóstol viviendo en Él y estando con Él. El sacerdote, mediante el sacramento del orden, es insertado totalmente en Cristo para actuar con Él y como Él.

En el momento en que vivimos de desvalimiento espiritual y de confusión, es muy importante que los sacerdotes entendamos nuestro modo de vida y nuestra misión a la luz de la imagen de Jesucristo Buen Pastor. En la llamada «oración sacerdotal», el Señor nos describe como su «expresión», su «gloria»: «He sido glorificado en ellos»²⁹. San Pablo se consideraba «olor de Cristo»³⁰. San Juan de

²⁶ Cf. ID, Caritas in veritate 1-3.

²⁷ Jn 21,15.

²⁸ Cf. JUAN PABLO II, Pastores dabo vobis 21.

²⁹ Jn 17,10.

³⁰ 2 Cor 2,15.

Ávila decía que el sacerdote debe introducir en el mundo «el sabor de Dios». Nuestro modo de vida, manifestación externa de nuestra identidad sacerdotal, consiste en ser prolongación visible y signo sacramental de Jesucristo Sacerdote y Buen Pastor. No se trata sólo de un signo meramente externo, sino de una verdadera transformación en Cristo. Nos convertimos en transparencia del Señor. El sacerdote, en sus pensamientos, en sus palabras, en sus obras, en todo su modo de ser y de estar con los hombres, ha de transparentar a Jesucristo, Buen Pastor. El mundo de hoy pide testigos de la experiencia de Dios³¹. Todo apóstol y, de modo especial el sacerdote, debe poder decir como San Juan: «Lo que hemos visto y oído os lo anunciamos»³².

4. Cualidades del verdadero pastor.

Siguiendo el evangelio de San Juan, el Señor nos habla de tres cualidades esenciales del verdadero pastor: el verdadero pastor da su vida por las ovejas, las conoce y ellas le conocen a él, y está al servicio de la unidad³³.

La primera cualidad del verdadero pastor es estar dispuesto a **dar la vida** por las ovejas. El Señor no nos pide a los pastores una parte de nuestro tiempo, de nuestras cualidades o de nuestro esfuerzo. El Señor nos lo pide todo. Nos pide entregar totalmente nuestra vida en cuerpo y alma. El celibato sacerdotal es signo de esta entrega total al Señor, en quien descansan y se nutren todos nuestros afectos; y de nuestra gozosa disponibilidad para el servicio del Reino de Dios. La virginidad esponsal, conocida también como celibato, esa entrega gozosa que como esposos hacemos a Dios de todo nuestro afecto y de la vida entera, es un don inestimable de Dios a su Iglesia que contiene un valor profético para el mundo actual. Es un signo del amor de Dios a este mundo y del amor indiviso del sacerdote a Dios y a su Pueblo³⁴. Es un modo de vivir la paternidad espiritual que le permite al sacerdote ser un hombre para los demás.

El verdadero pastor no vive para sí mismo sino para Aquel que es su Señor y para todos aquellos que le han sido confiados. El pastor muere cada día, como

³¹ Cf. JUAN PABLO II, *Evangelii nuntiandi* 76 y *Redemptoris missio* 91.

³² Jn 1,3.

³³ Cf. BENEDICTO XVI, Homilía de la Misa de Ordenación sacerdotal (7 de marzo de 2006).

³⁴ Cf. JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis* 29.

Cristo en la cruz, para que aquellos que el Señor ha puesto bajo su cuidado encuentren la vida verdadera. «Llevamos siempre en nuestro cuerpo el morir de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo.»³⁵ Como se nos revela en el misterio de la cruz, este «morir» para que otros «tengan vida» está en el mismo centro de la misión de Jesús como Pastor y, por tanto, será también el sentido del servicio del sacerdote a la Iglesia.

Jesús entrega su vida a los hombres por amor y la entrega libremente³⁶. Esta entrega del Señor se actualiza en la eucaristía cada día, por manos del sacerdote. Eucaristía y sacerdocio son inseparables. La eucaristía es el centro de la vida del sacerdote. No puede haber otro centro. Toda la vida del sacerdote es eucaristía, es conformación con la cruz del Señor en el misterio eucarístico que celebra. Ese momento, el más importante del día, da sentido a todas sus palabras, sus obras y sus pensamientos. La eucaristía alimenta su oración, le consuela en el sufrimiento y le llena de gozo en la acción de gracias. La eucaristía es el lugar donde diariamente hace la ofrenda de su vida, vive su plena comunión con el Papa, con su obispo, con sus hermanos presbíteros y con toda la Iglesia. Se siente confortado por la intercesión de la Virgen María y de todos los santos. La eucaristía le permite al sacerdote vivir todas las circunstancias de su vida en estrecha intimidad con Aquel que en la cruz reconcilió a los hombres con Dios y ha querido confiarle, en un derroche de amor, el ministerio de la reconciliación. Este ministerio nos convierte en instrumentos de su misericordia. La eucaristía es la fuente de la que brota constantemente el manantial de la gracia divina. La eucaristía configura la vida del sacerdote de tal manera que le convierte en alimento para el mundo, haciendo de él un don para la humanidad. En la vida del sacerdote no cabe mayor identificación con el Señor que la que se produce cuando, con el pan y el vino en sus manos, pronuncia las palabras de la consagración: «tomad y comed esto es mi Cuerpo que será entregado por vosotros (...) Tomad y bebed esta es mi sangre que será derramada por vosotros». En ese momento, el sacerdote, contemplando cómo el Señor se entrega en su manos, puede decir, con verdad, las palabras del apóstol: «Vivo yo, pero no soy yo. Es Cristo quien vive en mí»³⁷.

«El sacerdocio es el amor del Corazón de Jesús» decía en Santo Cura de Ars. Cuando el sacerdote vive la eucaristía se entrega a sus hermanos hasta tal

³⁵ 2 Cor 4,10.

³⁶ Cf. Juan 10,18.

³⁷ Ga 2,20.

punto que ya no tiene nada para s'. Todo su tiempo es para los demás. Sus energías, su trabajo, sus penas y alegrías. Todo está orientado hacia el Señor y hacia aquellos que el Señor ha puesto en sus manos. La eucaristía debe llegar a ser para nosotros, los sacerdotes, una escuela de amor, en la que aprendamos a entregar nuestra vida. Debemos caer en la cuenta continuamente de que no nos poseemos a nosotros mismos, sino que somos posesión del Señor.

Una segunda cualidad del pastor es **conocer a las ovejas**. El Señor nos dice: «Conozco a mis ovejas y las mías me conocen a Mí, igual que el Padre me conoce y Yo conozco al Padre»³⁸. Jesús vive unitariamente su relación con el Padre y su relación con los hombres. Son dos relaciones inseparables porque la misión de Jesús es llevar a los hombres al Padre. De la misma manera, en la relación del sacerdote con los hombres, no podemos perder de vista nuestra relación con Cristo y, por medio de Cristo, con el Padre. Hemos de conocer y querer a todos aquellos que el Señor nos confíe, especialmente a los más pobres y a los más necesitados de amor. Hemos de saber situarnos en el contexto social y cultural en el que vivimos, conociendo en profundidad las necesidades y los deseos de los hombres de nuestro tiempo. Hemos de saber reconocer sus inquietudes, sus preguntas, sus vacíos, sus soledades y sus desiertos. Hemos de estar muy cerca de ellos, escuchándoles con atención y respeto, saliendo en busca de la oveja perdida. Este conocimiento y relación con los hombres es inseparable de nuestra relación con Cristo y, por medio de Cristo, con el Padre. Porque solamente por nuestra relación con Cristo y con el Padre, y por el don del Espíritu Santo, podremos entrar en el misterio del hombre, en sus necesidades más hondas y en su pecado, causa última de sus sufrimientos. Hemos de llevarles a Cristo, para que, en el seno de la Iglesia, ilumine sus mentes, cure sus heridas, y haga renacer en ellos la esperanza, descubriéndoles el infinito amor que Dios les tiene. Hemos de conocer a los hombres y acercarnos a ellos, pero con el conocimiento de Cristo y en el Corazón de Cristo. El mundo necesita sacerdotes santos que estén íntimamente unidos a Dios y que hablen de Dios.

El Señor también nos habla del servicio a la unidad y de su estrecha relación con la misión. «Tengo además otras ovejas que no son de este redil; también a esas las tengo que atraer, y escucharán mi voz y habrá un solo rebaño y un solo pastor.»³⁹ El gran deseo del Señor es la unidad: «que ellos sean también uno en nosotros para

³⁸ Jn 10,14-15.

³⁹ Jn 10,16.

que el mundo crea que Tú me has enviado>>⁴⁰ Unidad y misión van estrechamente unidas. No es posible la misión en una Iglesia desunida.

Los sacerdotes hemos de ser constructores de unidad, empezando por nosotros mismos. En primer lugar, viviendo la unidad en nuestras propias personas, con un corazón indiviso totalmente entregado al Señor y a la misión, siendo siempre y en todo sacerdotes.

Hemos de vivir la unidad también entre nosotros, en nuestro presbiterio diocesano. Existe en nuestro ministerio sacerdotal una dimensión comunitaria que necesitamos cuidar. El presbítero está profundamente inserto en la unidad del presbiterio, que, como tal, está llamado a vivir en estrecha colaboración con el obispo y, a través de él, con el sucesor de Pedro. Esta dimensión comunitaria de nuestro ministerio exige una gran ascesis para no dejarse atar por las propias preferencias o por los propios puntos de vista, y para secundar las iniciativas de carácter diocesano, tomando de forma corresponsable las decisiones oportunas⁴¹.

Hemos de ser constructores de unidad en nuestras comunidades, siendo para todos vínculo de unión, acogiendo con amor y gratitud los carismas que el Señor ha querido regalar a su Iglesia. También habremos de ayudar a cada uno a descubrir su vocación, poniendo un cuidado muy especial en el discernimiento de las vocaciones al ministerio sacerdotal y a la vida consagrada. El Señor sigue llamando a muchos jóvenes a vivir una vocación de especial intimidad con Él y de servicio a la Iglesia. Pero ha querido que esa llamada llegue, en muchos casos, a través de nuestro ministerio sacerdotal. Es muy grande la responsabilidad que tenemos en la pastoral vocacional y no podemos delegarla en otros.

Finalmente, hemos de ser constructores de unidad en la sociedad misma, hoy tan dividida y fragmentada, fomentando todo lo que sea provechoso para la convivencia pacífica y para la defensa de la dignidad humana y de la familia.

La unidad es condición para la misión. Tenemos que ser los más activos animadores de una Iglesia misionera. Ser misionero es desear que todos compartan con nosotros la alegría de conocer a Cristo, para trabajar juntos en la construcción de un mundo justo, en el que no tengamos que contemplar el escándalo de la pobreza

⁴⁰ Jn 17,21.

⁴¹ Cf. JUAN PABLO II, Pastores dabo vobis 28.

y miseria de millones de hombres que se ven obligados a salir de sus países para no morir de hambre. Ser misionero es abrir las puertas de la Iglesia a todos los hombres para que se encuentren en ella como en su propia casa y descubran en ella a Aquel que, muriendo en una cruz y resucitando al tercer día, nos ha revelado la fuente de la sabiduría y el camino del verdadero amor.

5. Enviados para compartir con Cristo su misma misión. «Como el Padre me ha enviado así os envío Yo» (Jn 20,21)

En un encuentro del Papa con sacerdotes en el verano de 2007⁴², uno de ellos le preguntaba: «Santo Padre, ¿hacia qué prioridades debemos hoy orientar nuestro ministerio los sacerdotes para evitar, en medio de nuestras múltiples actividades, la fragmentación y la dispersión?» El Papa, haciendo referencia al discurso de Jesús a los setenta y dos discípulos que son enviados a la misión⁴³, se fijó en tres importantes imperativos: orad, curad y anunciad. Éstas han de ser nuestras prioridades.

Lo primero de todo: orad. El primer deber y la primera misión pastoral del sacerdote es la oración. Sin vida de oración nada puede prosperar. Todo en la vida del sacerdote tiene que hablar de Dios. Eso es lo que el mundo quiere de nosotros. El sacerdote tiene que llevar a Dios a la vida de los hombres, para que la vida de los hombres, abriéndose al Misterio divino, que es Misterio de Amor, alcance toda su belleza y plenitud. Para que esto sea posible, el sacerdote necesita un trato personal, íntimo y gozoso con el Señor. El sacerdote debe vivir una relación profunda y verdadera de amistad con Dios en Cristo Jesús, encontrando en la oración su alimento, su vida y su descanso.

La celebración eucarística es, como decíamos antes, el momento más íntimo de unión con el Señor y de identificación con Él. La Eucaristía de cada día es, por esto, el momento excelente e indispensable de este trato personal con Él.

Como prolongación durante el día de la eucaristía, también ocupa un lugar muy importante en la vida del presbítero el rezo de la Liturgia de la Horas. Con esta preciosa oración que la Iglesia nos regala, entramos en la gran plegaria de todo el

⁴² Cf. Encuentro de Benedicto XVI con los sacerdotes de las diócesis de Belluno-Feltre y Treviso (julio de 2007).

⁴³ Cf. Lc 10,1-12.

Pueblo de Dios, recitando los salmos del antiguo Israel a la luz de Cristo resucitado, recorriendo el año litúrgico y todas las grandes solemnidades cristianas, alimentando nuestra fe con la Palabra divina y la doctrina de los Padres de la Iglesia.

En la búsqueda de una relación más estrecha con el Señor, el sacerdote acude todos los días a la soledad y al silencio para estar con Él, ante el Sagrario. Unas veces compartiremos con el Señor el gozo en el Espíritu Santo, contemplando cómo la luz de la revelación llega a los pequeños⁴⁴. Otras, la oración personal hará que la oscuridad de nuestra vida se ilumine con la claridad de la Palabra de Cristo. Pero siempre, nuestras penas y temores encontrarán, en la intimidad con el Señor, el consuelo y la fortaleza. “El Señor es mi Pastor y nada me falta”⁴⁵. También tendremos momentos en los que pasemos por valles de sequedad y tinieblas⁴⁶ para que así continuamente le busquemos, sabiendo que sólo Él es nuestra fuerza y le pidamos con humildad y perseverancia que nos muestre su Rostro y nos haga sentir sus delicias.

El segundo imperativo que Jesús propone a sus discípulos es: curad. «Curad a los enfermos y decidles: el reino de Dios está cerca»⁴⁷. Curar es una dimensión fundamental de la misión apostólica y de la fe cristiana en general. Cuando se entiende con la profundidad necesaria, la acción de curar expresa el contenido de la Redención⁴⁸. Cuando Jesús habla de curar se refiere a todas las necesidades humanas, desde las más materiales hasta la mayor y más profunda de todas las necesidades: la necesidad de Dios. Curar implica mostrar el amor de la Iglesia a todos los que viven abandonados. Pero para amar y curar hace falta, como veíamos antes, conocer. El Señor nos invita a estar muy cerca de los enfermos, de los abandonados y de todos los necesitados. Ellos han de ser el objeto de nuestra mayor preferencia. Hay mucha gente herida por el fracaso y la soledad, muchas personas que, incluso en medio de la opulencia, han perdido la esperanza.

En este sentido, curar es la acción propia del ministerio sacerdotal. El ministerio de la reconciliación es ese acto extraordinario de curación que el hombre

⁴⁴ Cf. Lc 10,21.

⁴⁵ Salmo 22

⁴⁶ *Ibídem*.

⁴⁷ Lc 10,9.

⁴⁸ Cf. BENEDICTO XVI, Jesús de Nazaret, La esfera de los libros, Madrid 2007, p. 214.

⁴⁹ Cf. Rom 5,20.

más necesita. En el sacramento de la reconciliación, el hombre se encuentra con la misericordia divina que es capaz de dar vida a lo que está muerto y de transformar los males en bienes. El sacramento de la reconciliación hace posible que donde abundó el pecado sobreabunde la gracia⁴⁹.

No sólo en el sacramento de la reconciliación. También en todos los demás sacramentos se realiza esta curación. Empezando por el bautismo, que significa la renovación total de la existencia. En la unción de los enfermos, el Señor se acerca a nuestras vidas para aliviar nuestro dolor y llenarnos de esperanza.

Los sacerdotes hemos de tener siempre muy presentes en nuestro corazón las muchas enfermedades de los hombres de nuestro tiempo y sus grandes necesidades espirituales y morales. Hemos de denunciarlas y afrontarlas con fortaleza, orientando hacia Cristo la mirada de los hombres y conduciéndoles hacia Él. Sólo en Cristo, vivo en la Iglesia, encontrarán la curación de sus males y el fundamento de su inviolable dignidad.

El tercer imperativo: anunciad. «En la ciudad en que entréis, curad a los enfermos y decidles: el Reino de Dios está cerca de vosotros.»⁵⁰ Jesús, en su predicación, anuncia con gestos y palabras al mismo Dios vivo que es capaz de actuar en el mundo y en la historia de un modo concreto⁵¹. A nosotros nos confía continuar esta predicación. El Reino de Dios es Dios mismo, presente en medio de nosotros por medio de Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre que permanece entre nosotros en su Iglesia Santa. El Reino de Dios no es una utopía lejana, un mundo idílico que no sabemos si llegará algún día. El Reino de Dios es algo muy real. Dios se ha manifestado en la historia y se ha hecho infinitamente próximo en su Hijo, Jesucristo. El sacerdote tiene que anunciar esta cercanía de Dios, hacerla viva entre los hombres mediante su predicación, la celebración de los sacramentos y el testimonio de su propia vida. La vida del sacerdote ha de estar llena de Dios para que hable de Dios. En el ministerio de los sacerdotes, los hombres deben percibir la humanidad de Dios, el Corazón de Dios. Deben percibir la cercanía de un Dios que por nosotros y por nuestra salvación no sólo ha querido encarnarse en las entrañas de la Virgen María sino que también ha querido perpetuar su encarnación, por el ministerio de los sacerdotes, en las entrañas maternas de la Iglesia. La grandeza y la bondad de Dios ha de poder ser contemplada en la vida de los sacerdotes, en sus

⁵⁰ Lc 10,9.

⁵¹ Cf. BENEDICTO XVI, Jesús de Nazaret, La esfera de los libros, Madrid 2007, p. 84.

gestos fraternales y en su vida de oración. En toda su existencia sacerdotal, los hombres han de descubrir un misterio, un misterio de Amor⁵².

¡Qué grande es el don que se nos concede! Y ¡qué pequeños somos nosotros! Sólo la misericordia de Dios hará posible que, a pesar de nuestra debilidad y pobreza, los sacerdotes podamos estar siempre a la altura del ministerio que se nos confía. Si todas las virtudes son importantes en la vida de un sacerdote, la humildad lo es especialmente. Una humildad que nos haga comprender los límites de nuestras fuerzas, nos haga reconocer nuestra debilidad y nuestro pecado y nos haga poner toda nuestra fuerza y nuestra confianza únicamente en el Señor.

6. Empeño sacerdotal y pastoral con los jóvenes

Por todos es sabido que nuestra diócesis de Getafe es una de las diócesis con mayor número de jóvenes de Europa. Es una gran riqueza por lo que supone de potencial humano y por lo que supone de gozosa esperanza. Sin embargo, esta circunstancia no deja de plantear un reto para el cual debemos sentirnos corresponsablemente implicados. Tenemos que dar gracias a Dios por la juventud presente en nuestra diócesis. Es toda una bendición; más aun cuando vemos gran afluencia de jóvenes en las peregrinaciones diocesanas que anualmente se vienen celebrando al Santuario de Ntra. Sra. de Guadalupe y al Castillo de Javier, y de la siempre numerosa participación en campamentos juveniles, cursos de formación, retiros espirituales y jornadas diocesanas.

Todo esto es posible, con el impulso de la Delegación Diocesana de Pastoral de Juventud; gracias a vosotros, sacerdotes jóvenes y menos jóvenes, que implicándoos en el trabajo pastoral os mostráis, imitando a Jesucristo, cercanos a cada uno de ellos. En vuestro empeño pastoral con los jóvenes, el Señor debe ser la primera y principal fuente de inspiración. Es esencial que los jóvenes encuentren siempre en el sacerdote la apertura, la benevolencia y la disponibilidad que necesitan, para hacer frente a los problemas que les agobian. La accesibilidad no es sólo una cierta facilidad de contacto personal con el joven. El sacerdote debe despertar confianza como confidente para tratar los problemas más fundamentales: el sentido de la vida, esperanzas e ilusiones más profundas, cuestiones de vida espiritual, dudas de conciencia y, sobre todo, la pregunta sobre su futuro: Señor ¿qué quieres de mí?,

⁵² Cf. HENRI DE LUBAC, *Causes internes de l'atténuation et de la disparation du sens du Sacré. En Teologie dans l'histoire* vol. 2, ed. Desclée de Bruwer. Paris, 1990, p. 30.

dejando abierta la puerta a una plena entrega en el ministerio sacerdotal o en la vida consagrada. Para esto hace falta que el sacerdote, con sano afecto cordial, sepa no sólo escuchar, sino también dar respuesta a sus inquietudes. No pocas veces la mejor ayuda consiste en crear el clima necesario para que el mismo joven verifique en su propia vida la experiencia del encuentro personal con Jesucristo y se adhiera a Él con todo su corazón. Ambas actitudes, de escucha y de respuesta, serán el fruto de la madurez del sacerdote, que sabe quedarse en un segundo plano. Nosotros debemos comprometernos en primera persona, siendo interlocutores, guías y amigos, pero nunca podemos ocupar el primer plano. No olvidemos que en cualquier diálogo de salvación, el primer plano sólo lo puede ocupar Aquel que salva y santifica. Las ovejas no son nuestras, son de Cristo, que por ellas ha dado la vida. A los jóvenes tenemos que ayudarles a que lleguen a Cristo, sin que se queden en nuestras pobres personas. El joven tiene que llegar a quedarse prendado de Cristo. El sacerdote ha de ser simplemente un camino. Debemos poner los ojos en el joven con el amor y la mirada de Cristo⁵³. Nosotros participamos de aquella mirada con la que Él miró y de aquel amor con que Él amó: amor desinteresado y gratuito, casto y virginal. Habremos de rezar mucho para que ese amor sacerdotal corresponda de una manera concreta a las esperanzas y necesidades de toda la juventud, así como a sus sufrimientos, desengaños, desilusiones o crisis.

Me he fijado especialmente en el amor a los jóvenes, por las características especiales de nuestra diócesis. Pero el amor del sacerdote siempre es universal. Llega a los adultos, a los ancianos, a los enfermos, a los niños, a los emigrantes. Cuida y acompaña a las familias. Ha de buscar a los que se alejaron de la Iglesia. Ha de desvivirse por los que están solos y afligidos. Ha de ser un amor, como el de Cristo, misericordioso y compasivo con todos.

7. Seminario y seminaristas: corazón de la diócesis

En el ministerio y la vida de los sacerdotes la Iglesia se juega mucho de su futuro. La vida y la misión evangelizadora de la Iglesia, en buena parte, dependen de la santidad de los obispos y de los sacerdotes.

Para mí, como obispo, es siempre una gran alegría ver el Seminario y poder convivir con los futuros sacerdotes de mi diócesis. Toda la diócesis mira nuestro Seminario con una gran esperanza. La identidad profunda del Seminario es ser una

⁵³ Cf. Mc 10,21.

continuación de la comunidad apostólica formada en torno a Jesús, en la escucha de la Palabra, en camino hacia la experiencia de la Pascua, a la espera del don del Espíritu para la misión⁵⁴.

Queridos seminaristas: el Seminario será lo que seáis cada uno de los que formáis parte de él. Cada uno de vosotros ha de colaborar al crecimiento de todos en la fe y en la caridad. La diócesis necesita y pide sacerdotes bien formados que prolonguen en la Iglesia y en el mundo la presencia redentora de Jesucristo, el Buen Pastor. Todos hemos de esforzarnos para que el Seminario sea una verdadera familia, una auténtica comunidad de discípulos, que viva la alegría del seguimiento a Cristo y en la que resplandezca el Espíritu del Señor y el amor a la Iglesia. No resulta exagerada la afirmación de que el seminario es el corazón de la diócesis. La comunidad de seminaristas debe irradiar en todo el entramado orgánico de la diócesis su fuerza y su vitalidad.

8. Pastoral vocacional

De la misma forma que agradecemos a Dios la pastoral juvenil que se va desarrollando en nuestra Iglesia local, debemos también darle gracias por las vocaciones al sacerdocio. Humildemente reconocemos que el Señor sigue bendiciendo nuestro Seminario en el número y en la calidad de nuestros seminaristas. Pero esta gozosa constatación no debe adormecer nuestro celo por la pastoral vocacional. Debemos seguir proponiendo a los jóvenes la grandeza de entregar la vida totalmente en el seguimiento de Cristo. El joven de hoy sabe que la llamada a la vocación es exigente, pero esto es precisamente lo que más le atrae. No hemos de tener miedo a exigir mucho a los jóvenes: es señal de que confiamos en ellos. Ellos saben que el verdadero bien no puede ser fácil. Si alguno, por el nivel de exigencia, se marchara entristecido, no hay que olvidar que también hay tristezas salvíficas. El relajamiento en la vida del los seminarios no sólo no ha atraído nuevas vocaciones, sino que se han echado a perder las existentes. En la formación de los futuros sacerdotes todo parece poco al considerar la madurez personal y espiritual, humana y cristiana, requerida para quien es llamado a una misión tan alta en la Iglesia.

El año sacerdotal nos brinda una magnífica oportunidad para volver a encontrar el sentido profundo de la pastoral vocacional, así como sus opciones

⁵⁴ Cf. JUAN PABLO II, Pastores dabo vobis 60.

fundamentales de método: el testimonio sencillo y creíble de los sacerdotes; la comunión, ofreciendo itinerarios pedagógicos, compartidos por todos, en nuestra Iglesia diocesana; el trabajo cotidiano, en la propias parroquias, educando en el seguimiento al Señor en la vida de todos los días; la escucha, guiada por el Espíritu Santo, para orientar a los jóvenes en la búsqueda de Dios y de la verdadera felicidad; y, por último, la verdad, que es lo único que puede generar libertad interior.⁵⁵ Y, por supuesto, en todo momento, la oración perseverante y confiada, pidiendo al dueño de la mies que mande trabajadores a su mies.⁵⁶

9. Modelos de pastores santos

Si bella resulta la doctrina acerca del sacerdocio, no menos bella es la personificación de esa doctrina en la vida de los santos pastores, imágenes de Cristo Pastor Supremo. A lo largo de la historia de la Iglesia el Señor ha suscitado pastores conforme a su Corazón.

Son innumerables los testigos que podríamos traer aquí a colación: **San Vicente Paul**, que entregó su vida al servicio de los pobres y a la formación del clero; **San Juan de Ávila**, maestro ejemplar para el pueblo por su santidad de vida y su celo apostólico que, con su predicación y sus escritos, sabía encender la almas en el amor de Dios; **San Juan Bosco**, padre y maestro de la juventud; **San Maximiliano María Kolbe**, apóstol de la Inmaculada y mártir de la caridad que, con la mansedumbre de su presencia, supo transformar el terrorífico campo de concentración de Auschwitz en un lugar de alabanza a Dios y de esperanza cristiana.

Y mucho más cercanos nosotros: el **Siervo de Dios don José María García Lahiguera**, que era obispo auxiliar de Madrid cuando yo entré en el Seminario y más tarde arzobispo de Valencia, fundador de las Hermanas Oblatas de Cristo Sacerdote, que tuvo siempre auténtica pasión por el sacerdocio: «Sacerdos et Hostia»; «ser hostias del altar»; «hostias del comulgatorio»; «hostias del sagrario»; «Víctima, Sacerdote y Hostia»; “«sí, sacerdotes santos». Estas y otras son máximas que él realizó plenamente en su ministerio apostólico, sabiendo que era sacerdote in aeternum, sacerdote para siempre, ¡para siempre!

⁵⁵ BENEDICTO XV. Discurso en el Congreso Europeo de Pastoral Vocacional. 4 de Julio de 2009

⁵⁶ Lc.10,3

Quiero también hacer memoria de nuestro primer obispo diocesano, **don Francisco José Pérez y Fernández-Golfín**, del cual soy conocedor cercano de la trayectoria de su vida. Esperamos poder celebrar próximamente la apertura de su proceso de canonización. El testimonio de su vida ha consistido en vivir lo cotidiano desde una profundidad de fe que se expresaba en una constante e inquebrantable alegría. Sin pretender adelantarnos al juicio de la Iglesia, y salvo meliori iudicio, con toda franqueza, creemos que su vida ejemplar se puede sintetizar en una experiencia muy alta de la vida sobrenatural, de fe, esperanza y caridad. Estamos convencidos de que nuestra joven diócesis de Getafe ha sido agraciada por Dios, desde su inicio, por un don muy especial que hemos recibido todos en la persona y en el ministerio episcopal de Mons. Pérez y Fernández-Golfín. Así lo demuestran los muchos testimonios diocesanos y extradiocesanos acerca de su fama de santidad y de signos. Recibimos muchas peticiones de la apertura de su proceso de canonización. Su vida y su persona siempre serán fuente de vitalidad para la diócesis y es de desear que un día lo pueda ser también para toda la Iglesia universal.

Mención muy especial nos merece el inolvidable Papa, de feliz memoria, el Siervo de Dios **Juan Pablo II**, cuyo modelo y ejemplo de virtudes pastorales como presbítero, obispo y papa es magno en todas las dimensiones.

Todos estos santos pastores nos mostraron el *modus vivendi* del sacerdote, en el tiempo que les tocó vivir, sin caer en los erróneos ensayos de laicización de la vida sacerdotal que siempre ha habido y que tanto daño han hecho.

10. Ejemplo sin igual del Santo Cura de Ars

El Santo Padre nos invita, en este año sacerdotal, a fijarnos en el ejemplo sin igual del Cura de Ars, que supo mostrar en su vida, pobre y humilde, la grandeza del ministerio sacerdotal. Indiscutiblemente, san Juan María Vianney es ejemplo y modelo excepcional tanto para los que se preparan para el sacerdocio como para los que ya ejercen la difícil labor de la cura de almas.

Al considerar la santidad del Cura del pequeño pueblo de Ars, es obligada la referencia a la preciosa Encíclica del Beato Juan XXIII, *Sacerdotii nostri primordia*, publicada en el centenario de la muerte de este santo sacerdote. En ella, el Papa le propone como modelo de ascesis sacerdotal en su vivencia de los consejos evangélicos - pobreza, castidad y obediencia -, así como ejemplo de vida de oración, de identificación con Cristo en la Eucaristía y de celo pastoral. «Se decía del Cura

de Ars que no vivía sino en la Iglesia y para la Iglesia, como brizna de paja perdida en ardiente brasero. Así los sacerdotes de Jesucristo estamos en el fondo del brasero animado por el fuego del Espíritu Santo; todo lo hemos recibido de la Iglesia; obramos en su nombre y en virtud de los poderes que ella nos ha conferido; gozamos de servirla mediante los vínculos de la unidad y al modo como ella desea ser servida.»⁵⁷

El Santo Cura de Ars, destacando que el sacerdote debe unir al ofrecimiento de la Misa la donación diaria de sí mismo, señalaba: «Es bueno que el sacerdote se ofrezca a Dios en sacrificio todas las mañanas»⁵⁸. La misa siempre fue el aliento de toda su vida y la mayor alegría para él: «La causa del relajamiento del sacerdote está en que no dedica suficiente tiempo a la Misa»⁵⁹. La dedicación que dispensaba a la predicación y a la catequesis no era menor: «Nuestro Señor que es la Verdad misma, no da menos importancia a su Palabra que a su Cuerpo»⁶⁰

Escuchémosle aun más. Inagotable es el Cura de Ars cuando habla de las alegrías y los beneficios de la oración. «El hombre es un pobre que tiene necesidad de pedirlo todo a Dios». «Cuántas almas podríamos convertir en nuestras oraciones». Y repetía: «La oración, esa es la felicidad del hombre sobre la tierra». Felicidad que él mismo gustaba abundantemente, mientras su mirada, iluminada por la fe, contemplaba los misterios divinos. Con la adoración del Verbo encarnado, elevaba su alma sencilla y pura hacia la Santísima Trinidad, objeto de su amor. Los peregrinos que llenaban la Iglesia de Ars comprendían que el humilde sacerdote les manifestaba algo del secreto de su vida interior en aquella frecuente exclamación, que le era tan familiar: «Ser amado por Dios, estar unido a Dios, vivir en la presencia de Dios; ¡cuán hermosa vida, cuán bella muerte!»⁶¹

Por éstas y otras muchas razones, el modelo de vida y la ascesis sacerdotal de este humilde párroco, su ejemplo de piedad, su culto a la Eucaristía, sus muchas horas en el confesionario y su celo pastoral, es plenamente actual y sería muy deseable que fuera imitado por todos nosotros.

⁵⁷ JUAN XXIII, *Sacerdotii nostri primordia*, AAS 51 (1959) 545-579.

⁵⁸ “Le Sacerdoce, c’est l’amour du coeur de Jésus” (in *Le curé d’Ars. Sa pensée – Son Coeur. Présentés par l’Abbé Bernard Nodet*, éd. Xavier Mappus, Foi Vivante 1966, p. 107).

⁵⁹ *Ibidem*. 108.

⁶⁰ *Ibidem*. 126.

⁶¹ JUAN XXIII, *Sacerdotii nostri primordia*, AAS 51 (1959) 545-579.

Es impresionante y conmovedor contemplar cómo Dios escogió como modelo de pastores a uno que podría parecer pobre, débil, sin defensa y menos apreciable a los ojos del mundo. Sin embargo, Dios, que eligió lo que no cuenta y lo que no vale a los ojos del mundo ⁶², lo gratificó con sus mejores dones como guía y médico de las almas. En relación con esta consoladora realidad, para los sacerdotes que hoy en día pueden sufrir un cierto desierto espiritual, la figura del Cura de Ars es un signo de gozosa esperanza. Nadie, dentro del presbiterio diocesano, debe sentirse minusvalorado por el hecho de verse menos agraciado en cualidades o dotes humanas si vive esa condición personal apoyado en la gracia de Dios. De la misma manera, nadie debe atreverse a hacer de menos a ningún otro sacerdote por esta razón. Dios ha distribuido las gracias para bien de todos y todo pertenece a la Iglesia entera.

El Santo Cura de Ars nos recuerda la importancia en nuestro ministerio sacerdotal de los tres polos del servicio pastoral del sacerdote: la enseñanza de la fe, la purificación de las conciencias y la eucaristía. El modo como el Cura de Ars vivió estas tres realidades es para todos nosotros un extraordinario estímulo para renovarnos y vivir con fervor y celo pastoral la admirable vocación a la que hemos sido llamados.

11. María, Madre de los sacerdotes

En nuestro sacerdocio ministerial contamos con la espléndida y penetrante cercanía de la Madre de Dios. Los sacerdotes somos los primeros en sentir la protección maternal de María. Todos los sacerdotes debemos poner en manos de la Virgen el amor a Cristo Sacerdote y la propia debilidad personal. En todo momento, debemos acudir a ella con total amor y esperanza. María es la persona humana que mejor ha correspondido a la llamada de Dios; se hizo sierva y discípula de la Palabra hasta concebir en su corazón y en su carne al Verbo para darlo a la humanidad; Dios le confió la educación del Único y Eterno Sacerdote, dócil y sumiso a su autoridad materna. Con su ejemplo y mediante su intercesión, la Virgen Santísima sigue cuidando de los sacerdotes. Por eso estamos llamados a crecer en una sólida y tierna devoción a la Virgen María, testimoniándola con la imitación de sus virtudes y con la oración frecuente, especialmente con el rezo del Santo Rosario, tan arraigado en el Pueblo⁶³.

⁶² Cf. 1 Cor 1,27-29.

⁶³ Cf. JUAN PABLO II, Pastores dabo vobis 82.

Conclusión

A lo largo de este Año Sacerdotal debe brillar en todos nosotros la vocación y la misión sacerdotal. Debemos crecer en la disponibilidad al servicio del Pueblo de Dios, sobre todo en aquellos aspectos que son propios y exclusivos de nuestro ministerio sacerdotal. Para ello, queridos hermanos sacerdotes, os ruego encarecidamente que reflexionéis y propongáis iniciativas sobre cómo se puede y se debe celebrar este Año Sacerdotal, en cada comunidad donde ejercéis vuestro ministerio pastoral, en unión con toda la diócesis, a fin de que toda la Comunidad Diocesana dé gracias a Dios por el don del sacerdocio y rece por la santidad de sus pastores. Os invito a prestar especial atención a la carta del Santo Padre Benedicto XVI convocando este Año Sacerdotal y a todo su rico magisterio sobre el sacerdocio.

Con el deseo de que cada uno viva su presencia y su misión como pastor en medio de los hombres, transparentando el amor de Cristo y con la conciencia de que somos más necesarios que nunca, implorando a la Madre del Cristo, de la Iglesia y de los sacerdotes, para que, por su intercesión, nuestro sacerdocio se renueve por la fuerza del Espíritu Santo en este Año Sacerdotal, os abraza y bendice:

Getafe, 12 de Octubre, Fiesta de Nuestra Señora del Pilar

† Joaquín María López de Andújar y Canovas del Castillo
Obispo de Getafe

**DECRETO CON MOTIVO DEL 150 ANIVERSARIO
DE LA MUERTE DE SAN JUAN MARÍA VIANNEY,
CURA DE ARS**

**Joaquín María López de Andújar y Cánovas del Castillo
Obispo de Getafe**

DECRETO

Con motivo del 150º aniversario de la piadosa muerte de san Juan María Vianney, cura de Ars, que aquí en la tierra fue un admirable modelo de auténtico pastor al servicio de la grey de Cristo, y dado que su ejemplo ha impulsado a los fieles, y principalmente a los sacerdotes, a imitar sus virtudes, el Sumo Pontífice Benedicto XVI ha establecido que, con esta ocasión, desde el 19 de junio de 2009 hasta el 19 de junio de 2010 se celebre en toda la Iglesia un Año sacerdotal especial, durante el cual los sacerdotes se fortalezcan cada vez más en la fidelidad a Cristo con piadosas meditaciones, ejercicios espirituales, prácticas de piedad y otras obras oportunas.

Para conseguir mejor este fin, ayudará en gran medida el don de las Sagradas indulgencias que la Penitenciaría Apostólica, con Decreto del 25 de abril de 2009, promulgado de acuerdo con la voluntad del Sumo Pontífice, otorga benigneamente durante el Año sacerdotal.

- A.** A los sacerdotes realmente arrepentidos, que cualquier día recen con devoción Laudes o Vísperas ante el Santísimo Sacramento, expuesto a la adoración pública o reservado en el sagrario y, a ejemplo de san Juan María Vianney, se ofrezcan con espíritu dispuesto y generoso a la celebración de los sacramentos, sobre todo al de la Penitencia, se les imparte misericordiosamente la *indulgencia plentaria*, que podrán aplicar también a los sacerdotes difuntos como sufragio si de acuerdo con las normas vigentes, se acercan a la confesión sacramental y participan en la Eucaristía, orando por las intenciones del Sumo Pontífice.

A los sacerdotes se les concede, además la *indulgencia parcial*, también aplicable a los sacerdotes difuntos, cada vez que recen con devoción las oraciones debidamente aprobadas, para llevar una vida santa y para cumplir santamente las tareas a ellos encomendadas.

- B.** A todos los fieles realmente arrepentidos que, en una iglesia u oratorio, asistan con devoción a la Santa Misa y dirijan oraciones a Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote, por los sacerdotes de la Iglesia y ofrezcan cualquier obra nueva realizada ese día, con el fin de que Él lo santifique y los modele según su Corazón, se les concede la *indulgencia plenaria*, a condición de que hayan expiado sus pecados con la penitencia sacramental y hayan rezado por las intenciones del Sumo Pontífice: en los días en que se abre y se clausura el Año sacerdotal, en el día del 150º aniversario de la piadosa muerte de san Juan María Vianney, en el primer jueves de mes, en todos los jueves del año en cada Parroquia de la Diócesis y los jueves y sábados en la Ermita del Cerro de los Ángeles. Será muy conveniente que, en las parroquias, los mismos sacerdotes cuiden estas prácticas de piedad, celebren la Santa Misa y confiesen a los fieles.

También se concederá la *indulgencia plenaria* a los ancianos, a los enfermos y a todos aquellos que por motivos legítimos no puedan salir de casa, si con el espíritu apartado de cualquier pecado y con la intención de cumplir, en cuanto les sea posible, las tres acostumbradas condiciones, en su casa o donde se encuentren a causa de su impedimento, en los días antes determinados rezan oraciones por la santificación de los sacerdotes, y ofrecen con confianza a Dios, por medio de María, Reina de los Apóstoles, sus enfermedades y las molestias de su vida.

Por último, se concede la *indulgencia parcial* a todos los fieles cada vez que recen con devoción en honor del Sagrado Corazón de Jesús cinco Padrenuestro, Avemaría y Gloria, u otra oración aprobada para tal ocasión, con el fin de que los sacerdotes conserven la pureza y santidad de vida.

Así mismo, dispongo -de acuerdo con el Consejo del Presbiterio- que en este Año Sacerdotal pongamos todos los medios para promover la oración por los sacerdotes, así como mejorar el culto eucarístico y la vivencia del sacramento de la penitencia. Por ello, propongo a los sacerdotes:

1. En relación con el culto eucarístico.

Adoración eucarística en todas las parroquias.

Que se hagan preces por los sacerdotes y las vocaciones en todas las celebraciones conforme a las normas establecidas por el ritual, para conseguir una más fructífera participación interior y dignificar las celebraciones, con la ayuda de la Delegación Diocesana de Liturgia.

2. En cuanto al sacramento de la Penitencia.

Una renovación pastoral del sacramento y la aplicación del ritual:

- Dignificar la sede penitencial en todas las parroquias.
- Que en todas las parroquias existan horarios de confesiones con permanencia del sacerdote en el confesionario.
- La mejor aplicación de la fórmula A con los diálogos rituales, etc.

Las celebraciones comunitarias de la penitencia (fórmula B) en Adviento y Cuaresma, bien preparadas y con abundante presencia de confesores.

3. En la pastoral vocacional.

Que se promocióne el Jueves Sacerdotal en cada parroquia.

Promover la Cadena de Oración por las Vocaciones.

Que las parroquias organicen, con las familias, visitas al Seminario (sábados 13,45).

Que los jóvenes acudan a la Adoración Eucarística en el Seminario (jueves de 20,00 a 21,30).

Promover la pastoral con monaguillos, con seguimiento personal.

Este Decreto tiene vigor a lo largo de todo el Año sacerdotal.

Dado en Getafe, a veintiocho de octubre de dos mil nueve, en la Fiesta de los Santos Apóstoles Simón y Judas.

† Joaquín María López de Andújar y Canovas del Castillo
Obispo de Getafe

Por mandato de S.E. Rvdma.
Francisco Armenteros Montiel
Canciller Secretario General

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

PÁRROCO

D. Manuel Alicea, de la Parroquia de Santa Ana, en Fuenlabrada, el 12 de octubre de 2009.

VICARIO PARROQUIAL

D. Ange-Albert Kufwakuziko Malemba, de la Parroquia de El Verbo Divino, en Leganés, el 1 de octubre de 2009.

Juan Manuel Rodríguez de la Rosa, de la Parroquia de Nuestra Señora de las Angustias, en Aranjuez, el 1 de octubre de 2009.

OTROS

Subdelegados de Pastoral Juvenil. 1 de octubre 2009

- **D. Juan del Rey Lora-Tamayo**, responsable de la zona norte de la Diócesis (Arciprestazgos de S. Martín de Valdeiglesias, Navalcarnero, Villaviciosa de Odón y Móstoles).

- **D. Iván Puertas Mesa**, responsable de la zona centro (Arciprestazgos de Alcorcón, Leganés, Getafe y Fuenlabrada)

- **D. Jesús Cerrato Merino**, responsable de la zona sur (Arciprestazgos de Griñón, Parla, Valdemoro, Aranjuez y Chinchón).



DIÁCONOS PERMANENTES

D. Claudio González Carrión, el viernes 23 de octubre de 2009. Ejercerá su ministerio diaconal en la Parroquia Inmaculada Concepción de Nuestra Señora, en Alcorcón.

D. Manuel Lameiro Gil, el viernes 23 de octubre de 2009. Ejercerá su ministerio diaconal en la Parroquia Nuestra Señora del Rosario y de la Esperanza, en Móstoles.

MENSAJE DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI
PARA LA JORNADA MUNDIAL
DE LAS MISIONES 2009

“Las naciones caminarán en su luz” (Ap 21, 24)

En este domingo, dedicado a las misiones, me dirijo ante todo a vosotros, Hermanos en el ministerio episcopal y sacerdotal, y también a vosotros, hermanos y hermanas de todo el Pueblo de Dios, para exhortar a cada uno a reavivar en sí mismo la conciencia del mandato misionero de Cristo de hacer “discípulos a todos los pueblos” (Mt 28,19), siguiendo los pasos de san Pablo, el Apóstol de las Gentes.

“Las naciones caminarán en su luz” (Ap 21,24). Objetivo de la misión de la Iglesia es en efecto iluminar con la luz del Evangelio a todos los pueblos en su camino histórico hacia Dios, para que en Él tengan su realización plena y su cumplimiento. Debemos sentir el ansia y la pasión por iluminar a todos los pueblos, con la luz de Cristo, que brilla en el rostro de la Iglesia, para que todos se reúnan en la única familia humana, bajo la paternidad amorosa de Dios.

Es en esta perspectiva que los discípulos de Cristo dispersos por todo el mundo trabajan, se esfuerzan, gimen bajo el peso de los sufrimientos y donan la vida. Reafirmo con fuerza lo que ha sido varias veces dicho por mis venerados

Predecesores: la Iglesia no actúa para extender su poder o afirmar su dominio, sino para llevar a todos a Cristo, salvación del mundo. Nosotros no pedimos sino el ponernos al servicio de la humanidad, especialmente de aquella más sufriente y marginada, porque creemos que “el esfuerzo orientado al anuncio del Evangelio a los hombres de nuestro tiempo... es sin duda alguna un servicio que se presenta a la comunidad cristiana e incluso a toda la humanidad” (Evangelii nuntiandi, 1), la cual “está conociendo grandes conquistas, pero parece haber perdido el sentido de las realidades últimas y de la misma existencia” (Redemptoris missio, 2).

1. Todos los Pueblos llamados a la salvación

La humanidad entera tiene la vocación radical de regresar a su fuente, que es Dios, el único en Quien encontrará su realización final mediante la restauración de todas las cosas en Cristo. La dispersión, la multiplicidad, el conflicto, la enemistad serán repacificadas y reconciliadas mediante la sangre de la Cruz, y reconducidas a la unidad.

El nuevo inicio ya comenzó con la resurrección y exaltación de Cristo, que atrae a sí todas las cosas, las renueva, las hace partícipes del eterno gozo de Dios. El futuro de la nueva creación brilla ya en nuestro mundo y enciende, aunque en medio de contradicciones y sufrimientos, la esperanza de una vida nueva. La misión de la Iglesia es la de “contagiar” de esperanza a todos los pueblos. Para esto Cristo llama, justifica, santifica y envía a sus discípulos a anunciar el Reino de Dios, para que todas las naciones lleguen a ser Pueblo de Dios. Es sólo al interno de dicha misión que se comprende y autentifica el verdadero camino histórico de la humanidad. La misión universal debe convertirse en una constante fundamental de la vida de la Iglesia. Anunciar el Evangelio debe ser para nosotros, como lo fue para el apóstol Pablo, un compromiso impostergable y primario.

2. Iglesia peregrina

La Iglesia universal, sin confines y sin fronteras, se siente responsable del anuncio del Evangelio a pueblos enteros (cf. Evangelii nuntiandi, 53). Ella, germen de esperanza por vocación, debe continuar el servicio de Cristo al mundo. Su misión y su servicio no son a la medida de las necesidades materiales o incluso espirituales que se agotan en el marco de la existencia temporal, sino de una salvación trascendente, que se actúa en el Reino de Dios (cf. Evangelii nuntiandi, 27). Este Reino, aun siendo en su plenitud escatológico y no de este mundo (cf. Jn 18,36), es

también en este mundo y en su historia fuerza de justicia, de paz, de verdadera libertad y de respeto de la dignidad de cada hombre. La Iglesia busca transformar el mundo con la proclamación del Evangelio del amor, “que ilumina constantemente a un mundo oscuro y nos da la fuerza para vivir y actuar... y así llevar la luz de Dios al mundo” (Deus caritas est, 39). Es a esta misión y servicio que, con este Mensaje, llamo a participar a todos los miembros e instituciones de la Iglesia.

3. Missio ad gentes

De este modo, la misión de la Iglesia es la de llamar a todos los pueblos a la salvación operada por Dios a través de su Hijo encarnado. Es necesario por lo tanto renovar el compromiso de anunciar el Evangelio, que es fermento de libertad y de progreso, de fraternidad, de unidad y de paz (cf. Ad gentes, 8). Deseo “confirmar una vez más que la tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia” (Evangelii nuntiandi, 14), tarea y misión que los amplios y profundos cambios de la sociedad actual hacen cada vez más urgentes. Está en cuestión la salvación eterna de las personas, el fin y la realización misma de la historia humana y del universo. Animados e inspirados por el Apóstol de las gentes, debemos ser conscientes de que Dios tiene un pueblo numeroso en todas las ciudades recorridas también por los apóstoles de hoy (cf. Hch 18,10). En efecto “la promesa vale para vosotros y para vuestros hijos y, además, para todos los que llame el Señor nuestro Dios, aunque estén lejos” (Hch 2,39).

La Iglesia entera debe comprometerse en la missio ad gentes, hasta que la soberanía salvadora de Cristo se realice plenamente: “Pero ahora no vemos todavía que todo le esté sometido” (Hb 2,8).

4. Llamados a evangelizar también mediante el martirio

En esta Jornada dedicada a las misiones, recuerdo en la oración a quienes han hecho de su vida una exclusiva consagración al trabajo de evangelización. Una mención particular es para aquellas Iglesias locales, y para aquellos misioneros y misioneras que se encuentran testimoniando y difundiendo el Reino de Dios en situaciones de persecución, con formas de opresión que van desde la discriminación social hasta la cárcel, la tortura y la muerte. No son pocos quienes actualmente son llevados a la muerte por causa de su “Nombre”. Es aún de una actualidad tremenda lo que escribía mi venerado Predecesor, el Papa Juan Pablo II: “La memoria jubilar nos ha abierto un panorama sorprendente, mostrándonos nuestro tiempo particu-

larmente rico en testigos que, de una manera u otra, han sabido vivir el Evangelio en situaciones de hostilidad y persecución, a menudo hasta dar su propia sangre como prueba suprema” (Novo millennio ineunte, 41).

La participación en la misión de Cristo, en efecto, marca también la vida de los anunciadores del Evangelio, para quienes está reservado el mismo destino de su Maestro. “Recordad lo que os dije: No es el siervo más que su amo. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán” (Jn 15,20). La Iglesia sigue el mismo camino y sufre la misma suerte de Cristo, porque no actúa según una lógica humana o contando con las razones de la fuerza, sino siguiendo la vía de la Cruz y haciéndose, en obediencia filial al Padre, testigo y compañera de viaje de esta humanidad.

A las Iglesias antiguas como a las de reciente fundación les recuerdo que han sido colocadas por el Señor como sal de la tierra y luz del mundo, llamadas a difundir a Cristo, Luz de las gentes, hasta los extremos confines de la tierra. La *missio ad gentes* debe constituir la prioridad de sus planes pastorales.

A las Obras Misionales Pontificias dirijo mi agradecimiento y mi aliento por el indispensable trabajo de animación, formación misionera y ayuda económica que aseguran a las jóvenes Iglesias. A través de estas Instituciones pontificias se realiza en modo admirable la comunión entre las Iglesias, con el intercambio de dones, en la solicitud mutua y en la común proyección misionera.

5. Conclusión

El empuje misionero ha sido siempre signo de vitalidad de nuestras Iglesias (cf. *Redemptoris missio*, 2). Es necesario, sin embargo, reafirmar que la evangelización es obra del Espíritu y que incluso antes de ser acción es testimonio e irradiación de la luz de Cristo (cf. *Redemptoris missio*, 26) por parte de la Iglesia local, que envía sus misioneros y misioneras para ir más allá de sus fronteras. Pido por lo tanto a todos los católicos que recen al Espíritu Santo para que aumente en la Iglesia la pasión por la misión de difundir el Reino de Dios, y que sostengan a los misioneros, las misioneras y las comunidades cristianas comprometidas en primera línea en esta misión, a veces en ambientes hostiles de persecución.

Al mismo tiempo invito a todos a dar un signo creíble de comunión entre las Iglesias, con una ayuda económica, especialmente en la fase de crisis que está atra-

vesando la humanidad, para colocar a las Iglesias locales en condición de iluminar a las gentes con el Evangelio de la caridad.

Nos guíe en nuestra acción misionera la Virgen María, estrella de la Nueva Evangelización, que ha dado al mundo a Cristo, puesto como luz de las gentes, para que lleve la salvación “hasta el extremo de la tierra” (Hch 13,47).

A todos mi Bendición.

Vaticano, 29 de junio de 2009.

BENEDICTUS PP. XVI